

El papel de las visiones

Alguno de los detalles curiosos de las opiniones políticas es que a menudo las mismas personas toman partidos opuestos ante diversos problemas. A veces esos problemas no están intrínsecamente conectados. Pueden abarcar desde los gastos militares y las leyes antidroga hasta la política monetaria y la educación. Pero una y otra vez vemos las mismas caras fulminándose con la mirada desde bandos políticos enfrentados. Ocurre con demasiada frecuencia para ser coincidencia y es demasiado espontáneo para ser una conspiración. Una mirada más atenta a las argumentaciones de ambos bandos a menudo revela que están razonando a partir de premisas muy diferentes. Estas premisas —a menudo implícitas— confieren la coherencia que subyace a la reiterada oposición de individuos y grupos en una gran variedad de temas. Estos grupos e individuos tienen diversas visiones acerca del funcionamiento del mundo.

Algunos preferirían prescindir de las visiones y vérselas sólo con la realidad. Pero tal vez ésta sea la visión más utópica de todas. La realidad es demasiado compleja para ser abarcada por una sola mente. Las visiones son como mapas que nos guían por una maraña de complejidades desconcertantes. Como los mapas, las visiones tienen que obviar muchos rasgos concretos para indicarnos los pocos caminos decisivos que conducen a nuestra meta. Las visiones son indispensables pero peligrosas, precisamente porque tendemos a confundirlas con la realidad. Aquello de lo cual se prescinde deliberadamente quizá resulte no ser prescindible cuando se mida su efecto sobre los resultados. Esto requiere sucesivas verificaciones.

Se ha descrito una visión como un “acto cognitivo preanalítico”. [1] Es lo que intuimos o sentimos antes de elaborar un

razonamiento sistemático que se pueda denominar teoría, y aun antes de que hayamos deducido consecuencias específicas que, en la forma de hipótesis, deban contrastarse con la realidad. Una visión es nuestra percepción de cómo funciona el mundo. Por ejemplo, el hombre primitivo puede entender que las hojas se mueven porque un espíritu las mueve, y atribuir las mareas y las erupciones volcánicas a razones similares. Newton tenía una visión muy distinta del funcionamiento del mundo, y Einstein tenía otra. En cuanto a los fenómenos sociales, la visión rousseauniana de la causación humana era muy distinta de la de Edmund Burke.

Las visiones constituyen el cimiento de las teorías. La estructura final no depende sólo de los cimientos, sino también del empeño y de la coherencia con que se construye el marco teórico, y de los datos concretos que lo apuntalan. Las visiones son muy subjetivas, pero las teorías bien elaboradas tienen connotaciones claras, y los hechos permiten verificar y mensurar su validez objetiva. Con Hiroshima el mundo aprendió que la visión einsteiniana de la física no era sólo la visión de Einstein.

La lógica es un ingrediente esencial en el proceso de transformación de una visión en teoría, así como las pruebas empíricas son esenciales para determinar la validez de dicha teoría. Pero la visión inicial es crucial para nuestra vislumbre de cómo funciona el mundo. En palabras de Pareto:

La lógica es útil para las demostraciones pero casi nunca para los descubrimientos. Un hombre recibe ciertas impresiones; con la influencia de ellas enuncia —sin poder decir cómo ni por qué, y si intenta decirlo se engaña a sí mismo— una proposición que se puede verificar experimentalmente.[2]

Todas las visiones son en cierta medida simplistas, aunque habitualmente reservamos esta calificación para las visiones ajenas, no para las nuestras. El cambiante calidoscopio de la realidad desnuda agobiaría la mente humana con su complejidad, salvo por la capacidad de la mente para abstraer, para seleccionar partes y pensarlas como el todo. En ninguna parte esto es más necesario que en las visiones sociales y la teoría social, que trata acerca de las complejas y a menudo subconscientes interacciones de millones de seres humanos.

Fuera cual fuere nuestra visión, nunca dará cuenta de la “caída de cada gorrión”. Las visiones sociales deben por fuerza dejar muchos importantes fenómenos sin explicación, o darles sólo una explicación *ad hoc*, o una explicación basada en supuestos incoherentes derivados de más de una visión. La visión más pura no es necesariamente el fundamento de las teorías más convincentes, y mucho menos de las más válidas. Pero las visiones más puras pueden ser más reveladoras, en cuanto a las premisas tácitas, que las teorías más complejas. En lo que respecta a la comprensión del papel de las visiones, la *Indagación acerca de la justicia política* (1793) de William Godwin puede decirnos más que *El capital* de Marx. Más aun, comprendemos mejor *El capital* de Marx después de haber visto cómo funcionaban premisas similares en el más simple modelo de William Godwin. Análogamente, la visión de la causación social que subyace a las teorías de los fisiócratas era esencialmente similar a la más compleja y elaborada visión expuesta por Adam Smith y más tarde (con creciente complejidad) por Milton Friedman.

Aquí no usamos el término visión en el sentido de sueño, esperanza, profecía o imperativo moral, aunque cualquiera de estas cosas puede derivar, en última instancia, de una visión determinada. Aquí una visión es una forma de causación. Se parece más a una corazonada, a un “pálpito”, que a un ejercicio lógico o una verificación fáctica. Estas cosas vienen más tarde, y se alimentan de la materia prima provista por la visión. Si la causación acontece tal como la concibe nuestra visión, entonces se siguen otras consecuencias, y la teoría es la elaboración de dichas consecuencias. Las pruebas son datos para discriminar entre una teoría y otra. Los hechos no “hablan por sí mismos”. Hablan a favor o en contra de teorías encontradas. Los hechos divorciados de la teoría y las visiones son meras curiosidades aisladas.

Los hechos pueden hacer trizas una teoría, pero nunca pueden demostrar que es correcta. En última instancia, hay tantas visiones como seres humanos, si no más, y más de una visión puede ser coherente con un hecho dado. Los hechos nos obligan a desechar algunas teorías —o bien a atormentarnos la mente tratando de conciliar lo inconciliable—, pero nunca pueden otorgar a una teoría dada el imprimátur de verdad definitiva. La verificación empírica puede servir para revelar cuál de las teorías que sometemos a nuestra consideración es

más coherente con lo que se conoce fácticamente. Mañana puede aparecer otra teoría que sea aun más coherente con los datos, o que explique los mismos datos con menos supuestos o con supuestos más claros o manejables, y que además abarque también otros fenómenos empíricos hasta ahora explicados por otra teoría.

Las visiones sociales son importantes de diversas maneras. La más obvia es que las políticas basadas en cierta visión del mundo tienen consecuencias que se difunden por la sociedad y reverberan a través de los años, o aun a través de las generaciones y los siglos. Las visiones guían el curso del pensamiento y de la acción. Las visiones cubren las lagunas, necesariamente grandes, del conocimiento individual. Así, por ejemplo, un individuo puede actuar de un modo en un ámbito que conoce muy bien, pero de modo opuesto en otro ámbito, en el cual se basa en una visión que nunca ha verificado empíricamente. Un médico puede ser conservador en la actividad médica y liberal en problemas sociales y políticos, o viceversa.

Las actuales batallas políticas son un popurrí de intereses específicos, emociones colectivas, choques de personalidad, corrupción y muchos otros factores. Pero las tendencias históricas perdurables poseen alguna coherencia que refleja ciertas visiones. A menudo los intereses específicos prevalecen a tal extremo que obtienen respaldo gracias a la simpatía de la opinión pública por las visiones que se pueden invocar a favor o en contra de una política dada. Desde el punto de vista de la motivación personal, las ideas pueden ser simplemente las fichas con que los intereses creados, los demagogos y los oportunistas de diversa laya juegan la partida política. Pero desde la más amplia perspectiva de la historia, podemos ver a estos individuos y organizaciones como meros portadores de ideas, tal como las abejas son portadoras de polen sin advertirlo: desempeñan un papel vital en el gran plan de la naturaleza mientras persiguen un propósito individual mucho más estrecho.

El papel de las ideas expresadas racionalmente puede ser muy humilde por su efecto en una elección, una votación legislativa o la acción de un jefe de Estado. Empero, la atmósfera en que se toman tales decisiones puede estar dominada por una visión particular, o por un particular conflicto de visiones. Cuando los intelectuales desempeñaron un papel en la historia, no ha sido el de susurrar consejos a los oídos de los

máximos dirigentes sino enriqueciendo las vastas y poderosas corrientes conceptuales que, verdaderas o erróneas, impulsan la acción humana. El efecto de las visiones no depende de que se las exprese, ni siquiera de que quienes toman las decisiones estén al tanto de ellas. Los hombres "prácticos" a menudo desdeñan las teorías y las visiones, pues están demasiado atareados para examinar el fundamento último de sus actos. Sin embargo, nuestro propósito consistirá precisamente en examinar las conflictivas visiones sociales que han moldeado nuestros tiempos y quizá moldeen el porvenir.

Visiones restringidas y visiones no restringidas

En el núcleo de todo código moral hay una imagen de la naturaleza humana, un mapa del universo y una versión de la historia. Las reglas del código se aplican a la naturaleza humana (tal como se la ha concebido), en un universo (tal como se lo ha imaginado), según una historia (tal como se la ha comprendido).

WALTER LIPPMAN [1]

Las visiones sociales difieren en su concepción básica de la naturaleza del hombre. Una criatura de otro planeta que buscara información sobre los seres humanos leyendo la *Indagación acerca de la justicia política* de William Godwin en 1793 no reconocería al hombre que aparece allí como la misma criatura descrita en *The Federalist Papers* cinco años antes. El contraste apenas disminuiría si la criatura comparara al hombre de Thomas Paine con el de Edmund Burke o, actualmente, al de John Kenneth Galbraith con el de Friedrich A. Hayek. Hasta la presunta prehistoria del hombre como criatura salvaje y natural oscila drásticamente del ser libre e inocente concebido por Jean-Jacques Rousseau a la brutal criatura de Thomas Hobbes, que participa en una sanguinaria guerra de cada uno contra todos.

Las capacidades y limitaciones del hombre son implícitamente muy diferentes para aquellos cuyas teorías filosóficas, políticas o sociales explícitas parten de visiones diferentes. Las diversas visiones de la naturaleza moral y mental del hombre son tan distintas que sus respectivos conceptos del conocimiento y las instituciones difieren necesariamente. La causación social misma es concebida de otra manera, tanto en

cuanto a la mecánica como en cuanto al resultado. El enfoque del tiempo y sus fenómenos auxiliares —las tradiciones, los contratos, la especulación económica, por ejemplo— es también muy diferente en teorías basadas en diferentes visiones. Las abstracciones que forman parte de todas las teorías resultan más reales para los seguidores de ciertas visiones que para los seguidores de visiones contrarias. Por último, quienes creen en ciertas visiones se ven a sí mismos en un papel moral muy distinto del que se adjudican los defensores de otras visiones. Las ramificaciones de estas visiones conflictivas se extienden a las decisiones económicas, judiciales, militares, filosóficas y políticas.

En vez de intentar la imposible tarea de rastrear todas estas ramificaciones en cada una de las innumerables visiones sociales, nuestra exposición agrupará estas visiones en dos categorías amplias: una visión que enfatiza las restricciones humanas y una visión que enfatiza la superación de dichas restricciones. Por simplificar, las denominaremos, respectivamente, visión restringida y visión no restringida. Se trata de abstracciones que adoptamos por conveniencia, reconociendo que hay matices en ambas visiones, que insertamos una dicotomía en algo que es un continuo, que en el mundo real hay a menudo elementos de una de ellas injertado incoherentemente en la otra, además de un sinfín de combinaciones y permutaciones. Tras estas advertencias, bosquejaremos ambas visiones y las particularidades de la naturaleza del hombre, la naturaleza del conocimiento y la naturaleza de los procesos sociales tal como las perciben la visión restringida y la no restringida.

La naturaleza del hombre

La visión restringida

Adam Smith presentó una imagen del hombre que puede contribuir a precisar la naturaleza de la visión restringida. Cuando escribía como filósofo en 1759, casi veinte años antes de volverse famoso como economista, Smith declaraba en su *Teoría de los sentimientos morales*:

Supongamos que el gran imperio de la China, con sus millares de habitantes, fuera engullido de pronto por un sismo, e imaginemos cómo reaccionaría un hombre humanitario en Europa, sin tener ninguna conexión con esa región del mundo, al recibir noticias de esta espantosa calamidad. Ante todo, supongo, expresaría enfáticamente su pesar por el infortunio de ese pueblo desdichado, haría muchas reflexiones melancólicas acerca de la precariedad de la vida humana y la vanidad de los afanes del hombre, susceptible de ser así aniquilado en un instante. Si fuera hombre dado a la reflexión, quizá se embarcaría en muchos razonamientos relacionados con los efectos que este desastre podría tener en el comercio europeo, así como en las transacciones y negocios del mundo en general. Y tras manifestar esta delicada filosofía, tras expresar bellamente estos humanos sentimientos, continuaría con sus ociosos o negocios, se dedicaría al reposo o las distracciones, con tanta calma y serenidad como si tal accidente no hubiera acontecido. El desastre más frívolo que él sufriera ocasionaría una perturbación más real. Si mañana debiera perder el dedo meñique, esta noche no dormiría; pero roncaría con profunda despreocupación, siempre que nunca lo viera, a pesar de la ruina de cien millones de semejantes.[2]

Smith no lamentaba, ni aspiraba a modificar, las limitaciones morales del hombre en general, ni su egocentrismo en particular. Las trataba como datos inherentes de la vida, y en ello residía la restricción básica de su visión. El gran desafío moral y social consistía en aprovechar al máximo las posibilidades que existían dentro de esa restricción, en vez de agotar las energías en el intento de cambiar la naturaleza humana, un intento que Smith consideraba vano e insensato. Por ejemplo, si de algún modo fuera posible lograr que el europeo sintiera hondamente todo el dolor de quienes sufrían en la China, este estado mental sería, según Smith, "absolutamente inútil", excepto para volverlo "infeliz" [3] sin causar ningún beneficio a los chinos. Smith afirmaba: "Al parecer, cuando la naturaleza nos cargó con nuestros pesares, consideró que eran suficientes, y por lo tanto no nos ordenó que compartiéramos los ajenos más de lo que fuera necesario para incitarnos a aliviarlos".[4]

En vez de encarar la naturaleza humana como algo que se podía o debía modificar, Smith intentó determinar cómo se podían producir los beneficios sociales y morales deseados de la manera más eficaz, dentro de esa restricción. Smith abor-

dó la producción y distribución de conductas morales tal como más tarde abordaría la producción y distribución de bienes materiales. Aunque era profesor de filosofía moral, sus procesos mentales ya eran los de un economista. No obstante, la visión restringida no está de ningún modo limitada a los economistas. Edmund Burke, contemporáneo de Smith, quizá sintetizó del mejor modo la visión restringida desde una perspectiva política cuando habló de "una flaqueza radical en todas las empresas humanas",[5] una flaqueza inherente a la naturaleza fundamental de las cosas. Alexander Hamilton, principal autor de *The Federalist Papers*,* expresó una opinión similar:

Es destino de todas las instituciones humanas, aun de las más perfectas, tener defectos así como virtudes, buenas y malas propensiones. Ello resulta de la imperfección de quien las instituye, el Hombre.[6]

Es obvio que una sociedad no puede funcionar, y menos funcionar humanamente, cuando cada persona actúa como si su meñique fuera más importante que la vida de cien millones de seres humanos. Pero aquí la palabra clave es *actuar*. No podemos "preferirnos ciegos y desvergonzadamente a nosotros mismos por encima de los demás" cuando actuamos, dice Smith,[7] aunque tal sea la inclinación espontánea o natural de nuestros sentimientos. En la práctica, las gentes a menudo "sacrifican sus propios intereses en bien del mayor interés ajeno", según Smith,[8] pero ello se debía a factores tales como la devoción por los principios morales, los conceptos de honor y nobleza, y no porque amaran al prójimo como a sí mismos.[9] Estos recursos artificiales persuadían al hombre de hacer, en bien de su autoestima o sus necesidades interiores, lo que no haría por el bien de un semejante. En síntesis, Smith veía tales conceptos como el modo más eficaz de realizar la tarea moral al costo psíquico más bajo. Aunque se trataba de una cuestión moral, la respuesta de Smith era esencialmente económica: un sistema de incentivos morales, un

* Se trata de una serie de ensayos publicados en 1787 y 1788 en periódicos neoyorquinos y luego reunidos en dos volúmenes. Son obra de Alexander Hamilton, James Madison y John Jay y constituyen una sólida interpretación de la Constitución de los Estados Unidos. [N. del T.]

conjunto de *transacciones* en vez de una *solución* verdadera que implicara el cambio del hombre. Una de las características definitorias de la visión restringida es que encara transacciones antes que soluciones.

En su clásica obra *La riqueza de las naciones*, Smith fue más lejos. Los beneficios económicos obtenidos por la sociedad no eran buscados deliberadamente por los individuos, sino que surgían sistémicamente de las interacciones del mercado, con la presión de la competencia y el incentivo de la ganancia individual.[10] Los sentimientos morales sólo eran necesarios para forjar el marco general de leyes dentro del cual podía operar este proceso sistémico.

He aquí otro modo por el cual se podía inducir al hombre, con todas las limitaciones concebidas por Smith, a producir beneficios para los demás, por razones que en última instancia obedecían al interés individual. No se trata de una teoría atomista en la que diversos intereses individuales se suman para beneficio de la sociedad. Por el contrario, el funcionamiento de la economía y la sociedad requería que cada individuo hiciera cosas para los demás; simplemente, la *motivación* que había detrás de estos actos —fueran morales o económicos— era en última instancia egocéntrica. Tanto en sus análisis morales cuanto económicos, Smith se apoyaba más en los incentivos que en la disposición para emprender una tarea.

La visión no restringida

Acaso ningún otro libro del siglo XVIII contraste tanto en la visión del hombre presentada por Adam Smith cuanto *Indagación acerca de la justicia política* de William Godwin, una obra tan notable por su destino como por su contenido. Obtuvo un éxito inmediato cuando se publicó en Inglaterra en 1793, pero una década después se topó con el escalofriante efecto de las hostiles reacciones británicas ante ideas comúnmente asociadas con la Revolución Francesa, especialmente cuando Francia se convirtió en un enemigo bélico. Cuando dos décadas de guerra entre ambos países terminaron en Waterloo, Godwin y su obra estaban relegados a la periferia de la vida intelectual, y luego se lo conoció mejor por su influencia sobre Shelley. Empero, ninguna obra de la “edad de la razón” dieciochesca es comparable al tratado de Godwin en

su clara, coherente y sistemática exposición de la visión no restringida del hombre.

Mientras que en Adam Smith la conducta moral o socialmente beneficiosa sólo se podía suscitar mediante incentivos, en William Godwin la comprensión y la disposición del hombre eran capaces de crear intencionalmente beneficios sociales. Godwin consideraba que la intención de beneficiar a otros era “la esencia de la virtud”,[11] y la virtud era a su vez la senda hacia la felicidad humana. Godwin consideraba que los beneficios sociales no intencionados apenas eran dignos de nota.[12] Tenía una visión no restringida de la naturaleza humana, en que el hombre era capaz de sentir las necesidades ajenas como más importantes que las propias, y por lo tanto de actuar con persistente imparcialidad, aunque estuvieran involucrados sus propios intereses o los de su familia.[13] No se trataba de una generalización empírica acerca del modo en que se comportaba la mayoría de la gente. Se trataba de una formulación de la naturaleza subyacente del potencial humano. Admitir la conducta egocéntrica de sus contemporáneos no implicaba declarar que ella fuera un rasgo permanente de la naturaleza humana. Godwin declaró: “Los hombres sin duda son capaces de preferir un interés subalterno propio a un interés superior ajeno; pero esta preferencia surge de una combinación de circunstancias y no es la ley necesaria e invariable de nuestra naturaleza”.[14]

Godwin desdeñaba los incentivos creados por la sociedad como recursos indignos e innecesarios, pues era posible alcanzar directamente aquello que los incentivos de Smith aspiraban a alcanzar indirectamente: “Si mil hombres han de beneficiarse, debo recordar que soy sólo un átomo por comparación, y razonar de acuerdo con ello”.[15] Al contrario de Smith, que consideraba el egoísmo humano como un elemento dado, Godwin lo consideraba un producto del propio sistema de recompensas utilizado para encararlo. La verdadera solución hacia la cual debían encaminarse los esfuerzos consistía en que la gente hiciera lo correcto porque era correcto, no por recompensas psíquicas o económicas, es decir, no porque alguien “le ha anexoado una gran carga de interés egoísta”.[16]

Con su visión no restringida del aún no explotado potencial moral de los seres humanos, Godwin no se preguntaba, como Smith, cuál es el incentivo más eficaz en el actual estado de cosas. La verdadera meta consistía en el desarrollo a

largo plazo de un sentido más elevado del deber social. En la medida en que los incentivos de eficacia inmediata retardaran el desarrollo a largo plazo, sus beneficios eran ilusorios. La "esperanza de retribución" y el "temor al castigo" eran, en la visión de Godwin, "erróneos en sí mismos" y "hostiles al perfeccionamiento de la mente".[17] En esto, Godwin fue secundado por otro exponente contemporáneo de la visión no restringida, el marqués de Condorcet, quien rechazaba la idea de "convertir los prejuicios y vicios en cuentas favorables en vez de tratar de desbaratarlos o reprimirlos". Condorcet atribuía a la visión que tenían sus adversarios de la naturaleza humana el "error" de confundir al "hombre natural" y su potencial con el hombre existente, "corrompido por prejuicios, pasiones artificiales y hábitos sociales".[18]

Transacciones y soluciones

La visión restringida y la visión no restringida perciben la prudencia —la atenta evaluación de las transacciones— de manera muy distinta. En la visión restringida, en la que sólo podemos aspirar a transacciones —se *transige* con males menores para evitar males mayores—, la prudencia se cuenta entre los deberes más altos. Edmund Burke la denominó "la primera de todas las virtudes".[19] "Nada es bueno", declaró Burke, "salvo en proporción, y con medida".[20] En suma, como una transacción. En cambio, para la visión no restringida, donde el perfeccionamiento moral no tiene límite fijo, la prudencia tiene menor importancia. Godwin desdeñaba a "aque- llos moralistas" —muy probablemente Smith— "que piensan sólo en exhortar a los hombres a las buenas acciones median- te alusiones a la frígida prudencia y a mercenarios intereses individuales", en vez de estimular el "generoso y magnánimo sentir de nuestra naturaleza".[21]

En la visión no restringida está implícita la idea de que lo potencial es muy diferente de lo real —lo que está en acto— y de que existen medios para elevar la naturaleza humana hacia su potencial, o bien que tales medios se podrían desa- rrollar o descubrir, de tal modo que el hombre actúe recta- mente por rectas razones, en vez de buscar retribuciones psí- quicas o económicas. Condorcet expresó una visión similar cuando declaró que el hombre puede llegar a "cumplir por in-

clinación natural los mismos deberes que hoy le cuestan es- fuerzo y sacrificio".[22] Así una solución puede desplazar las meras transacciones.

El hombre es, en breve, "perfectible", en el sentido de que puede mejorar continuamente aunque no alcance la perfec- ción absoluta. "Podemos acercarnos más y más", según Godwin,[23] aunque "no se pueden establecer límites" para este proceso.[24] Basta a sus propósitos señalar que los hom- bres son "eminente mente capaces de justicia y virtud",[25] y no sólo los individuos aislados sino "la especie entera".[26] Se deben realizar esfuerzos para "despertar las virtudes dormi- das de la humanidad".[27] Consideraba que recompensar las pautas de conducta existentes era contrario a esta finalidad.

Condorcet llegó a conclusiones similares. Declaró que la "perfectibilidad del hombre" era "en verdad infinita".[28] "El progreso de la mente humana" era un tema recurrente en Condorcet.[29] Admitía que había "límites para la inteligencia humana",[30] que nadie creía posible que el hombre conociera "todos los datos de la naturaleza" ni llegara a "alcanzar los medios supremos de precisión" para evaluarlos ni analizar- los.[31] Pero aunque había un límite para la capacidad men- tal del hombre, según Condorcet, nadie podía especificar cuál era. Le indignaba que Locke "osara fijar un límite al entendi- miento humano".[32] Como devoto de las matemáticas, Condorcet concebía la perfectibilidad como una incesante aproximación asintótica a un límite matemático.[33]

Aunque el uso de la palabra "perfectibilidad" ha decaído con los siglos, el concepto ha sobrevivido casi intacto hasta el presente. La idea de que "el ser humano constituye un mate- rial muy plástico"[34] sigue siendo crucial para muchos pensa- dores contemporáneos que comparten la visión no restringida. El concepto de "solución" sigue siendo central para esta vi- sión. Se alcanza una solución cuando ya no es preciso transi- gir, aunque el desarrollo de tal sociedad haya implicado costos que hoy pertenecen al pasado. La meta de alcanzar una solu- ción justifica los sacrificios iniciales o condiciones de transición que de otro modo se considerarían inaceptables. Condorcet, por ejemplo, pronosticaba la "conciliación, la identificación de los intereses de cada uno con los intereses de todos", punto en el cual "la senda de la virtud ya no resulta ardua".[35] El hom- bre podía actuar con la influencia de una disposición social- mente benéfica, en vez de responder a meros incentivos.

Moralidad social y causación social

Godwin dividió los actos humanos en beneficiosos y perjudiciales, y a la vez dividió éstos en intencionales y no intencionales. La creación intencional de beneficios se llamaba "virtud",[36] la creación intencional de perjuicios era el "vicio",[37] y la creación no intencional de perjuicios era la "negligencia", una subespecie del vicio.[38] Estas definiciones se pueden representar esquemáticamente:

	BENEFICIOSO	PERJUDICIAL
INTENCIONAL	Virtud	Vicio
NO INTENCIONAL		Negligencia

La categoría faltante era el beneficio no intencional. La categoría que faltaba en Godwin constituía precisamente el centro de la visión de Adam Smith, sobre todo como la desarrolló en su clásica *Riqueza de las naciones*. Los beneficios económicos brindados a la sociedad por el capitalista no formaban, según Smith, "parte de su intención".[39] Smith caracterizaba las intenciones de los capitalistas como "mezquina rapacidad"[40] y a los capitalistas en cuanto grupo como gentes que "rara vez se reúnen, aun para divertirse o distraerse, sin que la conversación termine en una conspiración contra el público, o en un plan para elevar los precios".[41] No obstante, a pesar de estos reiterados retratos negativos del capitalista,[42] sin parangón entre los economistas hasta Karl Marx, Adam Smith se convirtió en el santo patrono del capitalismo *laissez-faire*. Las intenciones, que eran cruciales en la visión no restringida de Godwin, carecían de importancia en la visión restringida de Smith. A Smith le importaban las características sistémicas de una economía competitiva, que producía beneficios sociales a partir de dudosas intenciones individuales.

Aunque hemos citado a Adam Smith y William Godwin como autores claros y directos que abrazan visiones opuestas, cada cual forma parte de una vasta tradición que aún hoy conserva su poder y lucha por el predominio. Aun entre sus contemporáneos, Smith y Godwin tuvieron muchos compatriotas intelectuales con visiones similares, diversamente expre-

sadas y con diversos matices. *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* (1790) de Edmund Burke fue quizá la aplicación polémica más vibrante de la visión restringida. La igualmente polémica réplica de Thomas Paine, *Los derechos del hombre* (1791), anticipó en muchos sentidos la más sistemática exposición de la visión no restringida que Godwin haría dos años después. Rousseau fue tal vez el más famoso entre quienes argumentaron sobre la base de una naturaleza humana no restringida inherentemente por sus limitaciones existentes, sino estrechada y corrompida por las instituciones sociales. También hallamos esa visión en Condorcet y en el barón D'Holbach, entre otros de esa época. En el siglo XIX, John Stuart Mill dijo que la "deplorable educación actual" y la "deplorable organización social" constituían "el único obstáculo real" para alcanzar la felicidad general entre los seres humanos.[43] La vibrante retórica de Mill reflejaba la visión no restringida, aunque su eclecticismo en muchos aspectos lo obligó a añadir abrumadoras estipulaciones más acordes con la visión restringida.[44]

Buena parte del socialismo del siglo XIX y del "liberalismo" —en el sentido norteamericano del término— del siglo veinte se basa en estos fundamentos, con modificaciones y variaciones de grado, y se aplican a campos tan diversos como la educación, la guerra y la justicia penal. El marxismo, como veremos, era un híbrido especial que aplicaba una visión restringida a buena parte del pasado y una visión no restringida a buena parte del futuro.

Cuando Harold Laski declaró que la "insatisfacción" evidenciaba un "serio malestar en las instituciones políticas",[45] expresaba la esencia de la visión no restringida, en la cual ni el hombre ni la naturaleza tienen limitaciones innatas que puedan defraudar nuestras esperanzas, de modo que las instituciones, tradiciones o gobernantes existentes tienen que ser responsables de la insatisfacción. Inversamente, cuando Malthus atribuyó la pobreza humana a "leyes inherentes a la naturaleza del hombre, y absolutamente independientes de todas las regulaciones humanas",[46] expresaba una de las formas más extremas de la visión restringida, que abarca constreñimientos innatos tanto de la naturaleza cuanto del hombre. No es sorprendente que la réplica de Godwin a Malthus aplicara la visión no restringida tanto a la naturaleza cuanto al hombre: "Los hombres llegan al mundo, en todo

país donde se practique el cultivo de la tierra, con la natural facultad de cada hombre para producir más alimentos de los que puede consumir, una facultad que no puede ser controlada sino por las ofensivas exclusiones de la institución humana".[47] Dadas las no restringidas posibilidades del hombre y la naturaleza, la miseria y otras causas de insatisfacción sólo podían ser resultado de intenciones malignas o ceguera ante las soluciones que se podían lograr cambiando las instituciones existentes. En cambio, Burke consideraba que las quejas acerca de nuestros tiempos y nuestros gobernantes formaban parte de "las flaquezas generales de la naturaleza humana", y que se requería "genuina sagacidad política" para distinguir éstas de los verdaderos indicadores de un malestar específico.[48] Hobbes fue más allá, arguyendo que los hombres causaban más disturbios políticos precisamente cuando estaban "a sus anchas".[49]

Las restricciones naturales son importantes principalmente a través de los límites de la naturaleza humana. La restricción humana natural de la necesidad de alimentos, por ejemplo, se convierte en un problema social práctico sólo cuando los seres humanos se multiplican al extremo de que la subsistencia se vuelve dificultosa. Así, esta limitación central de la naturaleza sólo adquiere importancia social en Malthus a causa de la muy restringida visión que Malthus tiene de la naturaleza humana, en la cual él veía una conducta que inevitablemente poblaría la Tierra hasta ese extremo. Pero Godwin, quien admitía sin reservas la limitación natural, tenía una muy diferente visión de la naturaleza humana, que no conduciría a una ciega superpoblación. Por lo tanto, la posibilidad de un incremento geométrico de la gente no preocupaba a Godwin porque "los hombres posibles no comen, aunque los reales sí". [50] Malthus, por otra parte, no veía la superpoblación como una abstracta posibilidad futura sino como una realidad concreta que ya se estaba manifestando. De acuerdo con Malthus, "hace tiempo ha llegado el período en que el número de hombres excede sus medios de subsistencia... existe desde que hemos tenido historias de la humanidad, existe en el presente, y continuará existiendo por siempre". [51] Sería difícil concebir una formulación más absoluta de una visión restringida. Malthus y Godwin no disentían en cuanto a un hecho natural —la necesidad de alimentos— sino en cuanto a teorías de la conducta basadas en muy distintas

visiones de la naturaleza humana. La mayoría de los seguidores de la visión no restringida también admiten la muerte, por ejemplo, como una limitación inherente a la naturaleza (aunque Godwin y Condorcet no descartaban una eventual victoria sobre la muerte), pero no la consideran una restricción en el desarrollo social de la humanidad.

La visión restringida y la visión no restringida ven los grandes males del mundo —la guerra, la pobreza y el crimen, por ejemplo— con un enfoque totalmente distinto. Si las opciones humanas no están innatamente limitadas, la presencia de fenómenos tan repugnantes y desastrosos exige explicaciones y soluciones. Pero si las limitaciones y pasiones del hombre están en el corazón de estos dolorosos fenómenos, se requieren explicaciones para hallar el modo de evitarlos o reducirlos. Mientras la visión no restringida busca las causas específicas de la guerra, la pobreza y el delito, la visión restringida busca las causas específicas de la paz, la riqueza o el respeto a las leyes. En la visión no restringida, no hay causas insolubles de los males sociales, y por lo tanto no hay razón para no solucionarlos, dado el suficiente compromiso moral. Pero en la visión restringida, los artificios o estrategias que restrinjan o palién los males sociales innatos también tendrán un precio. Ese precio consiste a veces en nuevas enfermedades sociales creadas por estas instituciones civilizadoras, así que sólo es posible llegar a una prudente transacción.

Las dos grandes revoluciones del siglo XVIII —en Francia y en América del Norte— se pueden encarar como aplicaciones de estas visiones conflictivas, aunque con todas las reservas que son necesarias cada vez que complejos acontecimientos históricos concretos se comparan con esqueléticos modelos teóricos. Las premisas subyacentes de la Revolución Francesa reflejaban claramente la visión no restringida del hombre que prevalecía entre sus dirigentes. Los cimientos intelectuales de la Revolución Norteamericana eran más matizados, pues incluían a hombres como Thomas Paine y Thomas Jefferson, cuyo pensamiento era similar en muchos sentidos al de Francia, pero también incluía, como decisiva influencia en la Constitución, la clásica visión restringida del hombre manifestada en *The Federalist Papers*. Mientras Robespierre ansiaba ver el final del derramamiento de sangre, "cuando todas las gentes serán igualmente devotas a su país y sus leyes", [52] Alexander Hamilton, en *The Federalist Papers*, consideraba

que la idea de actos individuales “no influidos por consideraciones ajenas al bien público” era una perspectiva que más cabía “anhelar fervientemente que tomar seriamente”. [53] Robespierre buscaba una solución, Hamilton una transacción.

La Constitución de los Estados Unidos, con sus complejos pesos y contrapesos, refleja la idea de que no se debe confiar a nadie la suma del poder. Esto contrastaba abruptamente con la Revolución Francesa, que concedió poderes plenos, incluso poder de vida y muerte, a quienes hablaban en nombre del “pueblo”, expresando una “voluntad general” rousseauniana. A pesar de su amarga desilusión con ciertos dirigentes, a su vez depuestos y ejecutados, los que creían en esta visión no modificaron sustancialmente sus sistemas ni creencias políticas, pues consideraban que el mal estaba localizado en individuos que habían traicionado la revolución.

Los autores de *The Federalist Papers* eran muy conscientes de la visión del hombre que había detrás de esa Constitución de pesos y contrapesos que ellos proponían:

Decir que tales recursos son necesarios para controlar los abusos de gobierno quizá constituya una reflexión sobre la naturaleza humana. ¿Pero qué es el gobierno mismo sino la mayor de todas las reflexiones sobre la naturaleza humana? [54]

Para los “federalistas” el mal era innato en el hombre, y las instituciones eran simplemente modos de encararlo. Adam Smith también veía el gobierno como “un remedio imperfecto” para la deficiencia de “sabiduría y virtud” que había en el hombre. [55] Los *Federalist Papers* decían:

¿Por qué se ha instituido el gobierno? Porque las pasiones de los hombres no se conforman sin limitaciones a los dictados de la razón y la justicia. [56]

Para quienes no compartían esta visión restringida del hombre, ese complejo sistema de pesos y contrapesos constitucionales constituía una complicación y un estorbo innecesario. Condorcet condenó tales “contrapesos” porque creaban una “complejísima” maquinaria política “para oprimir al pueblo”. [57] No consideraba necesario que la sociedad “forcejeara entre poderes opuestos” [58] o fuera inhibida por la “inercia” de los pesos y contrapesos constitucionales. [59]

La visión restringida es una visión trágica de la condición humana. La visión no restringida es una visión moral de las intenciones humanas, que en última instancia se consideran decisivas. La visión no restringida promueve la persecución de los ideales más elevados y las mejores soluciones. En cambio, la visión restringida considera que lo mejor es enemigo de lo bueno, un vano intento de alcanzar lo inalcanzable que se juzga no sólo fútil sino a menudo contraproducente, mientras que los mismos esfuerzos pudieron haber producido una transacción viable y benéfica. Adam Smith aplicó este razonamiento no sólo a la economía sino también a la moral y la política: el reformador prudente, de acuerdo con Smith, respeta “los hábitos y prejuicios confirmados de la gente”, y cuando no puede imponer lo recto, “no se niega a paliar lo incorrecto”. Su meta no es crear el ideal sino “establecer lo mejor que las gentes puedan tolerar”. [60]

Pero Condorcet, expresando la visión no restringida, rechazaba la idea de que las leyes debieran “cambiar con la temperatura y adaptarse a las formas de gobierno, según las prácticas consagradas por la superstición, e incluso según las estupideces adoptadas por cada pueblo”. [61] Por ello la Revolución Francesa le parecía superior a la Revolución Norteamericana, pues “los principios de los cuales derivaban la constitución y las leyes de la Francia eran más puros” y permitían al “pueblo ejercer su derecho soberano” sin restricciones. [62] Con este tema se relaciona el interrogante de si las instituciones de una sociedad se pueden transferir a otra, o si ciertos modelos de una sociedad mejor son aplicables a países muy diferentes. Jeremy Bentham se destacó por crear tanto reformas específicas como principios generales destinados a ser aplicados en sociedades muy diversas. Pero Hamilton opinaba: “Lo que puede ser bueno en Filadelfia puede ser malo en París y ridículo en Petersburgo”. [63] Cada una de estas conclusiones es coherente con la respectiva visión de donde nace.

Mientras la visión restringida juzga la naturaleza humana como algo que no ha sufrido cambios esenciales a través del tiempo ni en todo el mundo, no considera que las expresiones culturales particulares de las necesidades humanas, propias de sociedades específicas, se puedan cambiar pronta y benéfica mediante una intervención impuesta. En cambio, la visión no restringida suele considerar la naturaleza huma-

na como algo que se puede transformar benéficamente, y las costumbres sociales como desechables lastres del pasado.

La visión restringida mide los ideales según el precio que cuesta alcanzarlos. En cambio, para la visión no restringida, toda aproximación al ideal es preferible. El precio es lamentable, pero de ningún modo decisivo. Un buen ejemplo de ello es la respuesta de Thomas Jefferson a quienes se pronunciaron contra la Revolución Francesa a causa de los inocentes que morían:

Mis propios sentimientos han sido profundamente heridos por algunos de los mártires de esta causa, pero preferiría ver la mitad de la tierra despoblada antes que presenciar el fracaso de la revolución.[64]

La creencia en la irrelevancia del precio que se paga en la busca de justicia social no se pudo expresar con mayor claridad ni contundencia. Pero, hacia el final, también Jefferson se opuso a la Revolución Francesa, pues el costo humano aumentaba más allá de lo que él podía seguir aceptando. Jefferson no estaba total ni irrevocablemente comprometido con la visión no restringida.

La importancia relativa del costo del proceso ha seguido diferenciando, a través de los siglos, la visión restringida de la no restringida. Los defensores modernos de los tecnicismos legales que permiten que los delincuentes escapen al castigo y declaran: "Es el precio que pagamos por la libertad", o los que defienden las revoluciones diciendo "No se pueden hacer tortillas sin romper huevos", son paradigmas contemporáneos de una visión no restringida que históricamente ha tratado el precio del proceso como secundario. En el otro extremo del espectro filosófico están quienes esencialmente repiten la opinión de Adam Smith acerca de tal precio: "La paz y el orden de la sociedad son aun más importantes que el alivio de los desposeídos".[65] La continua batalla entre los ideales y el precio por alcanzarlos es sólo una parte del actual conflicto de visiones.

Síntesis y consecuencias

Las visiones descansan, en última instancia, en cierta percepción de la naturaleza humana: no sólo sus prácticas

existentes sino su potencial y sus limitaciones últimas. Quienes consideran que las potencialidades de la naturaleza humana trascienden las manifestaciones actuales tienen una visión social muy diferente de quienes ven a los seres humanos como criaturas trágicamente limitadas cuyos impulsos egoístas y peligrosos sólo se pueden contener mediante dispositivos sociales que a la vez producen efectos laterales indeseables. William Godwin y Adam Smith son dos de los más claros y coherentes paradigmas de estas respectivas visiones sociales: la no restringida y la restringida. Pero no fueron los primeros ni los últimos en estas dos largas tradiciones del pensamiento social. Cuando Rousseau dijo que el hombre "nace libre" pero "por doquier está encadenado", [66] expresó la esencia de la visión no restringida, para la cual el problema fundamental no es la naturaleza ni el hombre sino las instituciones. De acuerdo con Rousseau, "los hombres no son enemigos por naturaleza".[67] La visión diametralmente opuesta fue presentada por Hobbes en su *Leviatán*, donde el poder armado de las instituciones políticas era lo único que impedía la guerra de cada cual contra todos,[68] la cual de lo contrario existiría entre hombres en estado natural, entre quienes la vida sería "solitaria, miserable, fastidiosa, brutal y breve".[69] Mientras la visión no restringida de Condorcet lo inducía a buscar una sociedad donde la "natural inclinación" del hombre coincidiera con el bien social,[70] la visión restringida de Hayek llevó a la conclusión de que las "reglas indispensables de la sociedad libre nos exigen muchas cosas desagradables",[71] es decir, que la naturaleza humana no puede coincidir con el bien social sino que es preciso subordinarla a él deliberadamente, a pesar de lo desagradable que ello pudiera ser.

Dada la mayor capacidad que el hombre tiene en la visión no restringida, las intenciones que guían tal capacidad son de gran importancia. Las palabras y conceptos que giran en torno de la intención —"sinceridad", "compromiso", "dedicación"— han sido centrales durante siglos para la visión no restringida, y las políticas buscadas por esta visión a menudo se han descrito en términos de las metas propuestas: por ejemplo, "libertad, igualdad, fraternidad", "terminar la explotación del hombre por el hombre" o "justicia social". Pero en la visión restringida, en la que la capacidad del hombre para consumir sus intenciones es muy limitada, las intenciones

significan mucho menos. Burke se refería a “los efectos benéficos de los defectos humanos” y a “las malas consecuencias que siguen a las virtudes más irreprochables”. [72] La doctrina económica del *laissez-faire* de Adam Smith daba por sentada la misma falta de correspondencia entre la intención y el efecto, pues los beneficios sistémicos del capitalismo no formaban parte de la intención de los capitalistas. En la visión restringida, los procesos sociales no se describen en términos de intenciones o metas últimas, sino en términos de las características sistémicas juzgadas necesarias para contribuir a dichas metas: por ejemplo, “derecho de propiedad”, “libre empresa” o “estricta elaboración” de la Constitución. No se trata únicamente de que ambas visiones se propongan diferentes metas sino, más fundamentalmente, de que las metas se relacionan con diferentes cosas. La visión no restringida habla directamente en términos de los resultados deseados, y la visión restringida en términos de las características del proceso que se consideran conducentes a los resultados deseados, aunque no directamente ni sin muchos efectos laterales desdichados, que se aceptan como parte de una transacción.

A pesar de las complejas diferencias entre los pensadores sociales de una época dada —que se acentúan entre los de diversas épocas—, es posible reconocer ciertos supuestos clave acerca de la naturaleza humana y la causación humana que permiten agrupar a algunos como pertenecientes a la visión restringida y a otros como pertenecientes a la visión no restringida. Aunque estas categorías no abarcan a todos los teóricos sociales, muchas figuras importantes y perdurables conflictos ideológicos de los dos últimos siglos están incluidos en ellas.

En la tradición de la visión no restringida figura la convicción de que las opciones necias o inmorales explican los males del mundo, y de que la solución consiste en políticas sociales más sabias, más morales o más humanitarias. William Godwin expuso esta visión no restringida en su *Indagación acerca de la política social*, tomando y sistematizando las ideas de muchos pensadores del siglo XVIII: Jean-Jacques Rousseau, Voltaire, Condorcet, Thomas Paine y D'Holbach son ejemplos notables. Este enfoque general fue continuado en el siglo XIX, de modos muy diversos, por Saint-Simon, Robert Owen y George Bernard Shaw y otros fabianos. En el siglo XX hallamos sus ecos en teóricos políticos como

Harold Laski, en economistas como Thorstein Veblen y John Kenneth Galbraith, y ciertos abogados que constituyen toda una escuela de apologistas del activismo judicial, cuyos epítomes son Ronald Dworkin en la teoría y Earl Warren en la práctica.

Por contraste, la visión restringida entiende que los males del mundo derivan de las restringidas y desdichadas opciones disponibles, dadas las innatas limitaciones morales e intelectuales de los seres humanos. Para paliar estos males y promover el progreso, defienden las características sistémicas de ciertos procesos sociales tales como las tradiciones morales, el mercado y la familia. Conciben estos procesos como producto de una evolución y no de un designio, y confían en estos patrones sociales de interacción social antes que en una política específica destinada a producir resultados particulares para individuos y grupos particulares. Esta visión restringida de la capacidad humana, expuesta por Adam Smith, se halla también en una larga serie de pensadores sociales que van desde Thomas Hobbes en el siglo XVII, pasando por contemporáneos de Smith como Edmund Burke y los autores de *The Federalist Papers*, hasta figuras del siglo XX tales como Oliver Wendell Holmes en derecho, Milton Friedman en economía y Friedrich A. Hayek en teoría social general.

No todos los pensadores sociales encajan en esta esquemática dicotomía. John Stuart Mill y Karl Marx son dos ejemplos de ello, por razones muy diferentes, como veremos en el Capítulo 5. Otros toman posiciones intermedias entre ambas visiones, o se convierten de la una a la otra. Sin embargo, el conflicto entre ambas visiones no es menos real aunque no todos hayan tomado partido ni se hayan comprometido irrevocablemente.

A pesar de las imprescindibles advertencias, señalemos el importante y notable fenómeno de que el modo de concebir inicialmente la naturaleza humana está muy relacionado con la concepción del conocimiento, la moral, el poder, el tiempo, la racionalidad, la guerra, la libertad y la ley que define una visión social. En los capítulos siguientes exploraremos estas correlaciones.

Como las diversas creencias, teorías y sistemas del pensamiento social se extienden a través de un continuo (y quizás, incluso, un continuo multidimensional), el concepto de visiones *menos* restringidas y visiones *más* restringidas sería

quizá más apropiado que la dicotomía que usamos aquí. Sin embargo, esta dicotomía no sólo resulta más cómoda sino que captura un importante distingo. Casi nadie cree que el hombre carece totalmente de restricciones y casi nadie cree que el hombre esté totalmente limitado. Lo que sitúa a un pensador dado en la tradición de una u otra visión no es simplemente el hecho de que se refiera más a las restricciones del hombre o a su potencial no explotado sino en qué medida los límites están incorporados a la estructura y operación de una teoría dada. Aquellos cuyas teorías incorporan estas restricciones como rasgo central poseen una visión restringida; aquellos cuyas teorías no consideran estas limitaciones una parte integral o central del análisis poseen una visión no restringida. Cada visión, por definición, excluye algún elemento. Mejor dicho, excluye la mayoría de los elementos. La dicotomía entre visiones restringidas y no restringidas se basa en el hecho de que las limitaciones innatas del hombre figuren o no entre las claves de cada visión.

La dicotomía se justifica además en otro sentido. Estos diversos modos de concebir al hombre y el mundo no conducen sólo a conclusiones diferentes sino a conclusiones muy contrastantes, a menudo diametralmente opuestas, en cuestiones que van desde la justicia hasta la guerra. No son sólo visiones diferentes, sino visiones conflictivas.

3

Visiones de la razón y el conocimiento

La visión restringida y la no restringida difieren no sólo en la definición del conocimiento como tal, sino en la concepción acerca de la cantidad, concentración y difusión del conocimiento y del papel que él desempeña en el proceso social. También la razón cobra significados totalmente distintos en ambas visiones.

La movilización del conocimiento

La visión restringida

En la visión restringida, el conocimiento de un solo individuo es toscamente inadecuado para tomar decisiones sociales, y a menudo para tomar decisiones personales. Por lo tanto, una sociedad compleja y su progreso sólo son posibles gracias a gran cantidad de mecanismos sociales que transmiten y coordinan el conocimiento de una amplia gama de contemporáneos, así como la aun más vasta cantidad de conocimientos de las generaciones pasadas. La visión restringida concibe el conocimiento ante todo como experiencia, transmitida socialmente en formas inarticuladas, desde los precios que indican costos, escasez y preferencias, hasta las tradiciones que surgen de la experiencia cotidiana de millones de integrantes de cada generación, separando en una competencia darwiniana aquello que funciona de aquello que no funciona. Friedrich A. Hayek expresaba este punto de vista cuando escribió:

El crecimiento del conocimiento y el crecimiento de la civilización son lo mismo sólo si interpretamos que el conocimiento incluye todas las adaptaciones humanas al medio en las cuales

se ha incorporado la experiencia pasada. No todo el conocimiento así entendido forma parte de nuestro intelecto, ni nuestro intelecto constituye la totalidad de nuestro conocimiento. Nuestros hábitos y destrezas, nuestras actitudes emocionales, nuestras herramientas y nuestras instituciones, todas ellas son en este sentido adaptaciones a la experiencia pasada que han crecido mediante una eliminación selectiva de conductas menos adecuadas. Constituyen el cimiento indispensable de una acción fructífera, tanto como nuestro conocimiento consciente.[1]

Esta visión no entiende simplemente que los individuos escogen racionalmente entre lo que funciona y lo que no funciona, sino también, y más fundamentalmente, que la competencia de las instituciones y de sociedades enteras lleva a una supervivencia general de conjuntos más eficaces de rasgos culturales, aunque ninguno de los ganadores ni de los perdedores comprenda racionalmente qué era mejor o peor en un conjunto o el otro. Los valores que funcionan en el nivel tribal suelen ser obliterados por valores que permiten o promueven el funcionamiento de grandes cantidades de personas. Desde esta perspectiva, "el hombre por cierto ha aprendido con mayor frecuencia a hacer lo correcto sin comprender por qué era lo correcto, y la costumbre le presta un mejor servicio que el entendimiento". Por lo tanto, hay *"más 'inteligencia' en el sistema de normas de conducta que en los pensamientos del hombre acerca de su entorno"*. [2]

El conocimiento es pues la experiencia social de una mayoría tal como está encarnada en la conducta, los sentimientos y las costumbres, antes que la razón específicamente articulada de unos pocos, por talentosos o dotados que éstos sean. Cuando concebimos el conocimiento como experiencia social antes que como producto de una meditación solitaria, "es muy pequeña la parte que se logra en el gabinete", según Hamilton.[3]

En palabras de Burke: "Tememos poner a los hombres a vivir y traficar de acuerdo con su propia medida de razón, porque sospechamos que esta medida es pequeña en cada hombre, y que los individuos harían mejor en recurrir a la banca y al capital de las naciones y las edades". [4] Al hablar de razón, Burke no se refería simplemente a las palabras escritas de individuos notables sino a toda la experiencia de los pueblos, sintetizada en los sentimientos, las formalidades y aun los

prejuicios encarnados en su cultura y conducta. Estas destilaciones culturales del conocimiento no se consideraban infalibles ni inmutables —lo cual habría sido una solución en vez de una transacción— sino un conjunto probado de experiencia que funcionaba, y que sólo se debía cambiar después del examen más circunspecto y reservado. Debemos corregir los defectos del orden social, según Burke, con el mismo afán con que curamos las heridas de nuestro padre.[5] No hemos de ignorarlas, pero tampoco constituyen un mandato para el experimento ni para la inspiración apresurada. Sin ningún examen, no habría proceso evolutivo, y por lo tanto, en esta visión, no habría fundamento para esa confianza en la tradición y las instituciones duraderas que era característica de Burke, y en diversos grados de otros creyentes en la visión restringida.

La perspectiva de la visión restringida, que favorece la transacción, trata los defectos como inevitables, y por lo tanto no los considera razón para el cambio, a menos que su magnitud merezca los costos inevitables que implica el cambio. Burke declaró: "Al preservar incólumes mis principios, reservo mi actividad para empresas racionales". [6] Y en otra ocasión afirmó: "Debo tolerar las flaquezas hasta que degeneren en crímenes". [7] No se trataba de una mera artimaña verbal para encubrir una actitud apática por parte de Burke, como lo demuestran su implacable juicio contra Warren Hastings por presuntas irregularidades en el gobierno de la India, su impopular actitud en el Parlamento a favor de la libertad de las colonias americanas rebeldes o sus propuestas antiesclavistas. [8] También Adam Smith exhortaba a liberar las colonias americanas —así como otras colonias—, además de sugerir una serie de reformas locales y de oponerse a la esclavitud. [9] En los Estados Unidos, los hombres que redactaron los *Federalist Papers* —Alexander Hamilton, James Madison y John Jay— alcanzaron inicialmente la notoriedad como líderes de la revuelta contra el dominio británico. La visión restringida no era sinónimo (ni camuflaje) de la aceptación del *status quo*.

La visión no restringida

La visión no restringida no veía tantas limitaciones en el conocimiento humano ni en su aplicación a través de la razón. Los exponentes dieciochescos de la visión no restringida fueron los creadores de la "edad de la razón", tal como lo expresa el título del famoso libro de Thomas Paine de esa época. La razón alcanza en esa visión la misma prominencia que la experiencia tenía en la visión restringida. De acuerdo con Godwin, la experiencia estaba muy sobrestimada —"excesivamente magnificada", según sus palabras— en comparación con la razón o con "la capacidad general de una mente cultivada".[10] Por lo tanto, Godwin entendía la sabiduría de épocas pasadas, ante todo, como ilusiones de ignorante. La época de una creencia o práctica no la eximía de la crucial prueba de validación en términos expresados específicamente. En palabras de Godwin, "debemos acomodarlo todo a la pauta de la razón". Y añadía:

Nada ha de ser conservado porque es antiguo, porque nos hemos habituado a considerarlo sagrado, o porque resulta inusitado cuestionar su validez.[11]

Análogamente, según Condorcet, "todo lo que lleva la impronta del tiempo debe inspirar desconfianza antes que respeto".[12] "Sólo mediante la meditación", decía Condorcet, "podemos llegar a verdades generales en la ciencia del hombre".[13]

Dada la aptitud de una "mente cultivada" para aplicar la razón a los datos en cuestión, no había necesidad de respetar los inarticulados procesos sistémicos de la visión restringida, tal como estaban expresados en la sabiduría colectiva derivada del pasado. "La ficción de una sabiduría colectiva es la más palpable de todas las imposturas", según Godwin.[14] La validación no debía ser indirecta, colectiva y sistémica, sino directa, individual e intencional. El modo de validación debía ser la racionalidad articulada, no una aceptación general basada en la experiencia pragmática. Según Godwin, "las gentes de miras y observación estrechas" aceptan de buen grado lo que prevalece en su sociedad.[15] Por tanto, éste no puede ser un método para resolver problemas.

En la visión no restringida está implícita una profunda

desigualdad entre las conclusiones de las "gentes de miras estrechas" y las de mentes "cultivadas". De ello se sigue que el progreso implica elevar el nivel de las primeras al de las segundas. Según Godwin:

El verdadero perfeccionamiento intelectual exige que la mente, tan de prisa como sea posible, se eleve a la altura del conocimiento ya existente entre los miembros esclarecidos de la comunidad, y parta desde allí en procura de nuevas adquisiciones.

En la visión no restringida también está implícita la idea de que la comparación relevante es aquella que coteja las creencias de una clase de persona con las de otra: entre x e y , pero no entre (1) procesos sistémicos que funcionan a través de sucesivas generaciones de individuos: de a a z , tal como están expresados en la generación viviente x , en contraposición con (2) la racionalidad articulada del aislado y . El rechazo del concepto de sabiduría colectiva nos deja las comparaciones individuales como criterio. Como las experiencias de a a w ya no cuentan, el problema se reduce a la racionalidad articulada de x frente a la de y . Por lo tanto, la visión no restringida necesariamente se pronuncia a favor de la "mente cultivada" y , mientras que la visión restringida necesariamente se pronuncia a favor de las opiniones expresadas a través de x , visto como representante de la experiencia inarticulada de muchos otros (a a w). Las dos visiones conducen así a conclusiones opuestas en cuanto a qué opinión debe prevalecer, y por qué.

Burke se veía obviamente en el papel de x y no en el de y :

Os brindo opiniones que se han aceptado entre nosotros, desde muy tempranos tiempos hasta este momento, con una continua y general aprobación, y que en verdad están tan incorporadas a mi mente que soy incapaz de distinguir lo que he aprendido de otros de los resultados de mis propias meditaciones.[17]

El conocimiento o entendimiento al que se refería Burke era concebido como un fondo común del cual él participaba. El de Godwin era el conocimiento o entendimiento de las "mentes cultivadas", un conocimiento que, por su propia naturaleza, estaba concentrado en una minoría y no desperdigado en

una mayoría. El significado mismo de conocimiento era diferente, y por ello estaba tan diversamente distribuido en las dos visiones. En la visión restringida, donde el conocimiento era una multiplicidad de experiencia demasiado compleja para ser articulada explícitamente, se lo destilaba a través de las generaciones en procesos y rasgos culturales tan hondamente arraigados que virtualmente constituían reflejos inconscientes compartidos por la mayoría. Era, en palabras de Burke, "sabiduría sin reflexión".[18]

La sabiduría sin reflexión era un concepto totalmente ajeno a la visión no restringida, en la cual los seres humanos tienen tanto la capacidad como la obligación de ejercer la razón explícita en todas las cuestiones. De acuerdo con Godwin, "la razón es el instrumento propio y suficiente para regular los actos de la humanidad".[19] Puede haber pasiones y tendencias, pero "si empleamos nuestras facultades racionales, inevitablemente venceremos nuestras propensiones erróneas".[20]

Dado que el conocimiento explícitamente articulado es específico y concentrado, en la visión no restringida, la mejor conducción de las actividades sociales depende del conocimiento específico de pocos usado para guiar las acciones de muchos. Se necesita inculcar "visiones justas de la sociedad" en "los miembros reflexivos y liberalmente educados" de la sociedad, quienes a la vez serán "guías e instructores para el pueblo", según Godwin.[21] Esta idea no es exclusiva de Godwin sino que constituye un tema central y persistente de la visión no restringida, que con frecuencia ha acompañado una visión de los intelectuales como asesores desinteresados. Voltaire declaró que, "como los filósofos no tienen un interés particular que defender, sólo pueden hablar en favor de la razón y del interés público".[22] Condorcet también aludía a los "filósofos verdaderamente esclarecidos, ajenos a la ambición".[23] Rousseau consideraba que "el mejor y más natural ordenamiento consistía en que los más sabios gobernarán a la multitud".[24] Aunque los encargados de la maquinaria gubernamental no sean intelectuales, "la mayor felicidad de una nación se concreta cuando aquellos que gobiernan concuerdan con aquellos que la instruyen", según D'Alembert.[25]

Estos temas dieciochescos fueron repetidos con igual fervor por John Stuart Mill en el siglo diecinueve. Para Mill, un papel especial estaba reservado para "los más cultivados inte-

lectos del país",[26] para las "mentes pensantes",[27] para "los mejores y más sabios",[28] para "los intelectos y temperamentos de veras superiores".[29] Mucho se podía lograr "si los espíritus superiores se reunían",[30] si las universidades producían "una sucesión de mentes que no fueran hijas de su tiempo, sino capaces de perfeccionarlo y regenerarlo".[31] Tales preceptos siguen siendo comunes en la actualidad. En síntesis, el papel específico de la "gente pensante" o de "los más brillantes y los mejores" ha sido durante siglos un tema central de la visión no restringida.

Quienes participan de la visión restringida, en cambio, han visto un grave peligro en la adjudicación de un papel especial a los intelectuales en la administración de la sociedad. En palabras de Burke:

Feliz con el aprendizaje, no corrompido por la ambición, se había contentado con seguir al instructor y no aspiraba a ser el maestro.[32]

También John Randolph recelaba de los "profesores universitarios metidos a estadistas".[33] En la misma vena, Hobbes consideraba las universidades lugares donde florecían palabras elegantes pero frívolas,[34] y añadía que "no hay nada tan absurdo como lo que se puede hallar en los libros de los filósofos".[35]

El peligro central, para quienes comparten la visión restringida, es la estrecha concepción que tienen los intelectuales acerca del conocimiento y la sabiduría. En palabras de Burke, se proponen "circunscribir la excelencia del sentido, la cultura y el gusto a sí mismos o sus seguidores", y son capaces de "convertir la intolerancia de la lengua y de la pluma en persecución" de otros.[36] Adam Smith hablaba del doctrinario "hombre de sistema" que es "sabio a sus propios ojos" y que "parece imaginar que puede ordenar a los diversos miembros de una gran sociedad con tanta facilidad como la mano ordena las diversas piezas en un tablero de ajedrez".[37] La idea de un rey-filósofo repugnaba a Smith, quien declaró que "de todos los especuladores políticos, los príncipes soberanos son de lejos los más peligrosos".[38]

No se negaba la superioridad de los expertos dentro de una angosta franja del vasto espectro del entendimiento humano. Lo que se negaba era que esta pericia confiriera una

superioridad general que debiera imponerse a conocimientos más dispersos. "Se debe admitir que, en lo que concierne al conocimiento científico, un grupo de expertos bien escogidos puede estar en la mejor posición para obtener el mejor conocimiento disponible", según Hayek. Pero, añadía, respecto de otros tipos de conocimiento, "prácticamente cada individuo posee alguna ventaja sobre todos los demás porque posee una singular información que se podría utilizar beneficiosamente, pero dicha utilización sólo se puede realizar si las decisiones que dependen de ella son libradas al individuo o se realizan con su cooperación activa".[39] Al concebirse el conocimiento como fragmentario y disperso, la coordinación sistémica entre muchos se impone a la sabiduría específica de pocos.

Además, esta coordinación sistémica no debía ser planeada ni impuesta por un grupo de sabios. Era un orden natural derivado de cierta evolución, en la frase de uno de los fisiócratas dieciochescos,[40] el grupo que acuñó la expresión *laissez-faire*. La misma clase de razonamiento se hallaba en Adam Smith, el más famoso expositor de esta doctrina:

El estadista que intentara indiciar a las gentes de qué modo deben emplear sus capitales, no sólo se atraería una muy innecesaria atención, sino que asumiría una autoridad que no se podría confiar sin riesgo no sólo a un individuo, sino a ningún consejo o senado, y que resultaría peligrosísima en manos de un hombre que tuviera la insensatez y el engreimiento de considerarse adecuado para ejercerla.[41]

El mercado era sólo uno entre los muchos procesos sistémicos para tomar decisiones. La familia, los idiomas y las tradiciones son otros ejemplos, entre muchos. La visión restringida entiende que tales procesos propician mejores decisiones de las que podría tomar cualquier individuo, por talentoso o culto que sea en comparación con otros individuos.

En síntesis, partiendo de diversas concepciones acerca de cuánto puede saber y entender un individuo dado, las visiones restringida y no restringida llegan a conclusiones opuestas en cuanto si las mejores decisiones sociales han de ser tomadas por quienes poseen el mayor conocimiento individual y específico o por procesos sistémicos que movilizan y coordinan el conocimiento desperdigado entre muchos, en cantidades individualmente irrelevantes.

Racionalidad articulada y racionalidad sistémica

El poder de la racionalidad específicamente articulada es central para la visión no restringida. El poder de los procesos sociales inarticulados para movilizar y coordinar el conocimiento es central para la visión restringida.

En la visión no restringida, actuar sin "razón explícita" es actuar según "inclinaciones y prejuicios".[42] Según Godwin: "El debate es la senda que conduce al descubrimiento y la demostración".[43] "La precisión de lenguaje es el requisito indispensable del conocimiento cabal",[44] dice Godwin, para quien el conocimiento es sinónimo de racionalidad articulada. Se promueve la virtud cuando los hombres deben "declarar sus actos, y asignar las razones en las cuales se fundamentan".[45] Si pudiéramos "vertir los llanos dictados de la justicia al nivel de la capacidad de todos", según Godwin, "podemos esperar que la especie entera se vuelva razonable y virtuosa".[46] También para Condorcet la tarea consiste en "volver comunes a casi todos los hombres los principios de la estricta e inmaculada justicia".[47]

La palabra razón tiene al menos dos sentidos. Uno es un sentido de causa y efecto: hay una razón por la cual el agua se dilata cuando se hiela, aunque la mayoría de nosotros, no siendo físicos, ignoramos dicha razón, y en un tiempo nadie la conocía. El otro sentido de razón es especificación articulada de causación o lógica: cuando se pide que los individuos o la sociedad justifiquen sus actos ante el tribunal de la razón, se usa este sentido. Cuanto más restringida sea nuestra visión de las capacidades y potenciales humanos, mayor será la diferencia entre ambos sentidos. Todo puede tener una causa sin que los seres humanos sean capaces de especificar cuál es. Como ninguna teoría es totalmente no restringida en un sentido literal, siempre hay cierta consciencia de la diferencia entre los dos sentidos de razón. A la vez, ninguna teoría es tan restringida como para afirmar que el hombre no puede entender nada, lo cual implicaría una ausencia total de superposición entre las dos acepciones de razón. Pero en el extremo menos restringido del espectro, la superposición entre ambos conceptos se considera tan grande que decir que existe una razón casi equivale a decir que podemos especificarla. Cuanto

menos, nuestras decisiones deben basarse en las razones que podemos especificar. Pero, en el extremo más restringido del espectro, el conocimiento y las razones no conocidas por cualquier individuo deben pesar en muchas decisiones, a través de procesos sociales en los que la racionalidad articulada desempeña a lo sumo un papel subalterno.

Los economistas clásicos y neoclásicos, especialmente los de la escuela austríaca, ejemplifican esta visión restringida de la racionalidad sistémica, en la cual la articulación individual significa poco. En un mercado no controlado, tal como lo presenta esta visión, los precios, salarios y tasas de interés cambiantes ajustan la economía a demandas, cambios tecnológicos y aptitudes tecnológicas variables, sin que ninguno de los actores del drama pueda ni quiera saber cómo sus reacciones individuales afectan el todo. Se lo puede analizar como un proceso general de interacción con sus propios patrones y resultados característicos —de lo contrario no habría economía austríaca— pero no se lo puede especificar tan detalladamente como para posibilitar que un individuo o grupo planifique o controle el proceso real. Su racionalidad es sistémica, no individual, y la racionalidad individual tiene escasa incidencia, de modo que la trillada pregunta de cuán racional es el hombre tiene poca relevancia en esta visión.[48]

Encontramos una diferencia similar entre racionalidad individual y sistémica en las doctrinas religiosas en que (1) se piensa que la deidad actúa directamente para afectar los fenómenos naturales y humanos, en contraste con aquellas en que (2) un proceso sistémico providencial posibilita la vida y la vuelve benéfica sin requerir una inspección divina de los detalles.[49] Lo que tanto las versiones seculares como religiosas de los procesos sistémicos tienen en común es que la sabiduría del actor humano individual no es la sabiduría del drama. Inversamente, hay versiones seculares y religiosas de la racionalidad individual. La versión religiosa es aquella en que la deidad toma decisiones directas sobre los acontecimientos individuales, desde los cambios meteorológicos cotidianos hasta la muerte de los individuos. La religión fundamentalista es la visión más extrema de la planificación central, aunque muchos fundamentalistas se opongan a la planificación central humana porque usurpa el “papel de Dios”. Esto guarda coherencia con la visión fundamentalista de un Dios sin restricciones y un hombre muy restringido.

La ley

Las dos visiones no sólo disienten en economía y religión, sino respecto de la ley. Oliver Wendell Holmes expresó el concepto sistémico al declarar: “La vida de la ley no ha sido la lógica, sino la experiencia”. [50] La articulación no era esencial para tomar decisiones, pues “muchos juicios honorables y sensatos” expresan “una intuición de la experiencia que trasciende el análisis y sintetiza muchas impresiones confusas y enmarañadas, que por el hecho de no ser conscientes no pierden su valía”. [51] La ley incorpora la experiencia que refleja “no sólo nuestra vida sino la vida de todos los hombres que han sido”, según Holmes. [52] Es una “falacia” concebir la ley como un mero proceso de lógica articulada, pues aunque “es verdad, en el sentido más amplio, que la ley es un desarrollo lógico”, no es “deducida, como las matemáticas, a partir de axiomas generales de conducta”. En síntesis, la lógica del desarrollo de la ley es una lógica sistémica:

El desarrollo de nuestra ley ha abarcado casi mil años, como el desarrollo de un planeta: cada generación daba el paso siguiente; la mente, como la materia, simplemente obedecía una ley de crecimiento espontáneo. [54]

Empero, John Stuart Mill sostenía que las leyes no evolucionan sino que se hacen. Lo que la visión restringida caracterizaba como un orden espontáneo evolucionando a partir de la historia no era más que “la fortuita convergencia de átomos en épocas de barbarie”, según Mill. [55] Mill declaró:

Las leyes de Moisés, las de Mahoma, fueron hechas, y no se desarrollaron; es verdad que contaban con la sanción directa de la fe religiosa; pero las leyes de Licurgo, las leyes de Solón, fueron *hechas*, y fueron tan perdurables como se haya considerado hasta ahora a toda ley que se haya *desarrollado*.

Buscar precedentes legales era, a juicio de Mill, hacer un “absurdo sacrificio de los fines presentes a medios anticuados”. [57]

Pero, al igual que en otros campos, Mill modificó sus asertos —cuando no los negó del todo— con sus estipulaciones. Según Mill, quienes “hacen” la ley han tomado en cuenta “lo que el pueblo tolera”, y esto depende de sus “antiguas cos-

tumbres" o de sus "perdurables y fervientes convicciones, sin las cuales todo el sistema legal dejaría de funcionar". La "aquiescencia de la humanidad", pues, "depende de la preservación de cierta continuidad de existencia en las instituciones" que representan "ese sinfín de acuerdos entre intereses y expectativas contrarias, sin los cuales ningún gobierno podría durar un año, ni siquiera una semana".[58] Con estas consideraciones, la posición de Mill no se aleja mucho de lo que al principio parece ser todo lo contrario, a saber, que "todos los célebres legisladores primitivos", como decía Hayek, "no se proponían crear nuevas leyes sino enunciar lo que la ley era y siempre había sido".[59] La ley era, según Hayek, "la enunciación de prácticas previamente existentes".[60]

Muchos autores modernos presentan la visión no restringida con mucha menos ambigüedad que Mill. Por ejemplo, Ronald Dworkin desdeña "la tonta fe en que la ética y la economía son movidas por una mano invisible que permite que los derechos individuales se confundan con el bien común, y en que la ley basada en principios desplazará la nación hacia una utopía sin fricciones donde todos estarán en mejor situación que antes".[61]

Estas diferentes visiones de la ley llevan a conclusiones opuestas respecto del activismo judicial. La visión no restringida, tal como la aplica Dworkin, exige "un tribunal activista" que reinterprete las palabras de la Constitución.[62] No es el único que llega a estas conclusiones y se vale de estos métodos para alcanzarlas. Su reclamo de "una fusión de ley constitucional y la teoría moral",[63] de una "nueva percepción moral",[64] ha sido uno entre muchos.[65]

La concepción de la ley que tenía Oliver Wendell Holmes no dejaba espacio para el activismo político:

Es peligroso sujetar excesivamente a las legislaturas con restricciones judiciales que no necesariamente surgen de las palabras de la Constitución.[66]

Y no sólo había que adherir a las palabras sino al sentido original de esas palabras. Rehusó declarar inconstitucionales, bajo la Decimocuarta Enmienda, "métodos de gravación que eran bien conocidos cuando se adoptó esa Enmienda".[67] Luego habló de la "gran angustia que siento ante el creciente alcance otorgado a la Decimocuarta Enmienda".[68] En otro

caso no veía "razones para leer en la Ley Sherman más cosas de las que ella dice".[69]

Como en otros choques entre ambas visiones, cada parte plantea el problema de modo muy diferente. Los que creen en la visión no restringida y se inclinan por la racionalidad articulada, ven el problema como un enfrentamiento entre dos conjuntos de contemporáneos, x e y , mientras quienes creen en la visión restringida y creen en los procesos sistémicos ven el problema como un enfrentamiento entre la experiencia de sucesivas generaciones, representada por el grupo x en la generación de hoy, contra la racionalidad articulada de sus oponentes contemporáneos, el grupo y .

En la medida en que la visión no restringida reconoce las generaciones anteriores, ve el problema como un enfrentamiento entre una generación anterior —digamos la generación h — y el grupo y de la generación actual. Lo considera un conflicto entre los vivos y los muertos, y juzga que los muertos no tienen derecho a mandar desde ultratumba.[70] Desde esta perspectiva, debemos usar "nuestra razonada y corregible voluntad, no una idealizada compulsión ancestral"[71] para avanzar. Las condiciones de tiempos anteriores se consideran irrelevantes, o menos relevantes que las opiniones actuales basadas en condiciones actuales. El juez Earl Warren, presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, hablaba de circunstancias contemporáneas que trascendían "la sabiduría de aun los más sabios Padres Fundadores".[72]

Pero cuando Oliver Wendell Holmes caracterizó la ley diciendo que sintetizaba "no sólo nuestra vida sino la vida de todos los hombres que han sido", rechazaba la idea de que el conflicto se produjera entre grupos opuestos de una generación, e incluso entre un grupo contemporáneo y un grupo del pasado, tal como "los Padres Fundadores". Concebía el conflicto como un choque entre dos procesos: la experiencia histórica de muchas generaciones contra la racionalidad articulada de una escuela contemporánea de pensamiento. Ni Holmes ni los otros apologistas de los procesos sistémicos ponen en tela de juicio los conceptos de superioridad intelectual y/o moral que son centrales para la racionalidad articulada y para la "justicia social" de quienes defienden una visión no restringida. Dentro de la visión restringida, no se trata de que un individuo o un grupo sea más sabio que otro sino de que la experiencia sistémica es más sabia que ambos. Pero quienes argu-

yen a favor de una redacción deliberada de leyes, a través del activismo judicial, no lo hacen por contar con una mayoría democrática, aun dentro de una generación dada, sino por contar con un proceso intelectual y moralmente superior para tomar decisiones. Cuando Dworkin rechazaba el proceso opuesto como una "tonta fe", "una teoría pesimista de la naturaleza humana",[73] "la curiosa filosofía de Edmund Burke",[74] y un "caótico desarrollo de la historia, carente de principios",[75] preludiaba su aserto de una superioridad capaz de imponerse a una mayoría democrática de contemporáneos, además de desechar las generaciones anteriores. Para Dworkin, "una sociedad más igualitaria es una sociedad mejor, aunque sus ciudadanos prefieran la desigualdad".[76]

Política social

Las dos visiones entrañan muy diversas perspectivas de la relación entre los miembros de la sociedad. La visión no restringida ha enfatizado, históricamente, la creación de condiciones económicas y sociales más igualitarias en la sociedad, aunque los medios escogidos impliquen gran desigualdad en el derecho a decidir tales cuestiones y escoger tales medios. Es obvio que sólo una postura intelectual y moral muy desigual justificaría la imposición de la igualdad al margen de la voluntad de los ciudadanos, como sugiere Dworkin, y sólo un poder muy desigual la haría posible. Es coherente que la visión no restringida promueva fines igualitarios por medios no igualitarios, dadas las grandes diferencias entre aquellos a quienes Mill llamaba "los más sabios y mejores" y los que aún no han alcanzado ese nivel intelectual y moral.

En cambio, la visión restringida ha tendido a interesarse menos en la promoción de la igualdad económica y social, y a preocuparse más por los peligros de la desigualdad de poder, que crearía una elite gobernante de racionalistas. En palabras de Hayek:

La etapa más peligrosa en el crecimiento de la civilización puede ser aquella en que el hombre llega a considerar todas estas creencias como supersticiones y se niega a someterse a nada que no comprenda racionalmente. El racionalista cuya razón no es suficiente para enseñarle las limitaciones del poder

de la razón consciente, y que desdeña todas las instituciones y costumbres que no han sido diseñadas conscientemente, se convertiría así en el destructor de la civilización construida sobre ellas.[77]

El disenso acerca del activismo judicial refleja un disenso mucho más general acerca del mejor modo de contribuir al bien social. En la visión no restringida, individuos sabios y concienzudos han de esforzarse para modelar los mejores resultados en problemas específicos que surgen dentro de sus respectivas jurisdicciones. En la visión restringida, las limitaciones inherentes de los individuos significan que el mejor aporte de cada individuo a la sociedad consiste en adherir a los deberes específicos de su papel institucional y permitir que los procesos sistémicos determinen los resultados. En cambio, la visión no restringida está ejemplificada en la réplica del juez Earl Warren a los abogados que esgrimían complejos principios legales: "¿Pero es correcto? ¿Es bueno?" En la visión restringida, eso no le incumbía ni entraba dentro de su competencia, pues la superioridad del especialista existe sólo dentro de una estrecha gama de aptitudes, en este caso, determinar cómo se aplicaba la ley escrita a ese caso particular. Burke declaró: "Reverencio a los hombres en las funciones que les pertenecen".[78] Pero no fuera de ellas.

Así como la visión no restringida exhorta a los jueces al activismo judicial, exhorta a los hombres de negocios a la "responsabilidad social": deben contratar, invertir, donar y conducir sus empresas con el propósito de producir beneficios específicos para la sociedad en general. El empresario socialmente responsable debe, por ejemplo, contratar a los minusválidos, invertir en cosas que parezcan más necesarias para la sociedad en vez de las más lucrativas para su compañía, y ceder parte de las ganancias a actividades caritativas y culturales, en vez de pagar todas las ganancias a los accionistas o reinvertirlas en la empresa.

La visión restringida entiende que tales cosas están fuera de la competencia de los hombres de negocios, dadas las más amplias ramificaciones de tales decisiones en un proceso sistémico complejo. De acuerdo con la visión restringida del conocimiento humano, lo que está dentro de la competencia del empresario es administrar su compañía para promover su prosperidad, dentro de la ley. Lo que genera beneficios socia-

les es el efecto sistémico de la competencia, no las intenciones individuales de los empresarios. De acuerdo con Adam Smith, cuando el empresario "procura sólo su propia ganancia" contribuye —a través del proceso de la competencia— a promover el bien social "más eficazmente que cuando se propone promoverlo". Smith añadía: "Por lo que sé, quienes pretendieron hacer negocios por el bien público nunca han hecho mucho bien".[79]

La visión restringida cita muchos ejemplos de las consecuencias contraproducentes de las políticas bien intencionadas. Para la visión no restringida, esto es sólo escoger errores aislados que son corregibles, con el objeto de resistirse a tendencias que son socialmente beneficiosas. Sin embargo, para la visión restringida estos errores no son fortuitos, sino síntomas de lo que se debe esperar cuando se pasan por alto las limitaciones inherentes de los individuos y se desquician los procesos sistémicos para superar dichas limitaciones.

Sinceridad y fidelidad

A causa del disenso acerca de cuánto conocimiento puede poseer un individuo dado, y cuán eficaz puede ser dicho conocimiento para decidir complejos problemas sociales, las dos visiones atribuyen muy diversa importancia a la sinceridad y la fidelidad. Si se entiende que el individuo sabio y concienzudo es competente para modelar directamente resultados socialmente benéficos, la sinceridad y la dedicación al bien común son cruciales. Godwin anhelaba fortalecer la "sinceridad, la fortaleza y la justicia" en el individuo.[80] La "importancia de la sinceridad general"[81] era un tema recurrente en Godwin, y durante los siglos lo ha sido para otros adherentes a la visión no restringida. La sinceridad tiende a "liberar",[82] según Godwin, y a "incluir en su séquito todas las demás virtudes".[83] Aun concediendo que todos son insinceros en una u otra ocasión,[84] Godwin exhortaba a "una sinceridad general e inalterable"[85] como ideal poderoso, capaz de generar profundos beneficios sociales.

La sinceridad no ocupa un sitio tan honorable en la visión restringida. Los que participan de ella a menudo reconocen la sinceridad de sus adversarios, tratándola como una virtud individual de beneficio social reducido, y a veces como

un factor agravante, cuando la gente insiste en ideales socialmente contraproducentes. Lo que es moralmente decisivo para la visión restringida es la *fidelidad* a los propios deberes. Dentro de la esfera de su competencia, el individuo puede contribuir más al bien social sirviendo al gran proceso sistémico que decidiendo los resultados reales. Es una concepción del deber muy distinta de aquella de la visión no restringida, donde se tiene el deber de beneficiar directamente a la humanidad.[86] Pero en la visión restringida, el individuo que tiene capacidad para tomar decisiones carece de competencia para realizar continuas determinaciones *ad hoc* acerca de lo que es bueno para la humanidad, por sincero que sea.

En la visión restringida, el deber moral del empresario es la fidelidad a los accionistas que le han confiado sus ahorros, no la sincera persecución del bien público a través de donaciones caritativas ni inversiones o contrataciones que atenten contra esa confianza. Análogamente, el deber moral del juez es ejercer fielmente la ley que juró defender, no cambiar sinceramente esa ley para producir resultados que a su juicio son mejores. Dentro de esta visión, el deber moral de un erudito consiste en promover fielmente el proceso intelectual entre sus alumnos y lectores, no guiarlos hacia conclusiones específicas que él sinceramente cree mejores para la sociedad. Por razones similares, el periodismo "comprometido" o la teología de la liberación también son anatema para quienes participan de la visión restringida, pues se considera que en ambos casos hay una mala utilización del papel confiado a los individuos.

La sinceridad es tan decisiva para la visión no restringida que rara vez se la reconoce en los adversarios, quienes a menudo son retratados como apologistas del *status quo* o como personas venales. No es infrecuente hallar, en esta tradición, referencias a las "verdaderas" razones de los adversarios, las cuales deben ser "desenmascaradas". Aun cuando se reconoce sinceridad a los adversarios, a menudo hay referencias a la "ceguera", el "prejuicio", o la estrechez de los adversarios para trascender el *status quo*. Dentro de la visión no restringida, cuesta reconocer la sinceridad de otros, mientras que quienes participan de la visión restringida pueden reconocerla con mayor facilidad porque le atribuyen menos importancia. Quienes participan de la visión restringida tampoco necesitan pintar a sus adversarios como estúpidos, pues consideran que el proceso social es tan complejo que aun los indi-

viduos sabios y morales pueden equivocarse fácilmente, y peligrosamente. En palabras de Burke, "pueden hacer las peores cosas sin ser los peores hombres".[87]

Esta oposición entre sinceridad y fidelidad se relaciona con la cuestión de los roles o relaciones estructuradas. La fidelidad a los roles es decisiva para la visión restringida, pues al desempeñar papeles definidos el individuo recurre al capital de la experiencia de las naciones y las edades, en palabras de Burke. Entre los contemporáneos, deja que los resultados específicos sean determinados por los valores, el conocimiento y las aptitudes de otros, desempeñando su propio papel sólo para servir fielmente a los procesos que vuelven esto posible. Pero en la visión no restringida, donde las razones y la sinceridad del individuo son primordiales, los roles se consideran innecesariamente restrictivos. La visión no restringida tiende a deplorar los "roles estereotipados", busca situaciones "menos estructuradas", "democratizar" las relaciones padre-hijo o maestro-alumno, y quita énfasis a los títulos y formalidades. Todo ello guarda coherencia con una visión de la capacidad humana en decisiones *ad hoc*. También es coherente que quienes poseen una visión restringida de las aptitudes individuales suscriban a roles y normas que exploten los resultados de una experiencia histórica no articulada, así restringiendo a quienes desempeñan dichos roles. Los roles que implican una gran confianza —padre-hijo o doctor-paciente, por ejemplo— son también papeles que impiden, por ejemplo, las relaciones sexuales, y quienes participan de una visión restringida se escandalizan cuando se rompe este tabú. Otros también sienten lo mismo, pero tal oposición no es consecuencia lógica de la visión no restringida.

Tanto la sinceridad como la fidelidad se pueden ver como aspectos de la honestidad, pero como aspectos muy distintos que pesan de distinta manera en estas visiones conflictivas. La visión restringida distingue la sinceridad de la fidelidad a la verdad: "Lo primero que un hombre hace por sus ideales es mentir", afirma J. A. Schumpeter.[88] Por eso la sinceridad pesa tan poco en la visión restringida. Una defensa moderna del activismo judicial emprendida por Alexander Bickel enfatizaba la sinceridad por encima de la fidelidad cuando proclamaba que el "disimulo" era "inevitable"[89] y se refería a los "desvíos de los estadistas" en bien del interés público.[90] Cuando luego Bickel se pronunció contra el activismo judicial,

también modificó sus fundamentos morales, y pasó a enfatizar la fidelidad por encima de la sinceridad. Ahora era "deber moral" de los jueces "obedecer la constitución manifiesta", dejando las mejoras al proceso de creación de enmiendas.[91] En ambas posiciones, las conclusiones de Bickel eran coherentes con sus respectivas visiones.

La justificación de la fidelidad a la verdad es muy similar a la justificación de la fidelidad a los roles. En ambos casos, el individuo subordina su concepción *ad hoc* de lo que sería mejor para la sociedad en determinado caso a la adhesión a un proceso sistémico más amplio —cánones aceptados de moralidad, en este caso— en el que tiene mayor confianza en cuanto a sus beneficios de largo plazo para la sociedad.

De nuevo es preciso señalar que ninguna de las grandes visiones históricas ha sido totalmente no restringida o totalmente restringida. Las diferencias de grado entre las visiones no restringidas a menudo son cruciales en lo que concierne al significado de la verdad y de la fuerza. En una visión no restringida muy pura, como la de Godwin, la razón es tan poderosa —él la caracterizaba como "omnipotente"— que ni el engaño ni la fuerza se justificaban para procurar el bien público.[93] Así, aunque el más sabio y el más benévolo estuvieran en un plano superior a la mayoría de las personas de una época dada, su aptitud para obtener el asentimiento público era virtualmente inevitable. Pero allí donde la visión no restringida del potencial humano postula mayores fricciones en el trayecto hacia su meta, el engaño y la fuerza se convierten no sólo en derechos sino en deberes, pues los enormes beneficios de un cambio drástico e irreversible se perpetúan durante siglos, un tiempo en el cual se amortizan los costos iniciales.

Si creemos, con Lenin, que el nivel de consciencia popular que se puede alcanzar espontáneamente resulta insuficiente para la tarea,[94] las elites más lúcidas tienen un gran papel histórico que desempeñar[95] y deben emplear todos los medios necesarios. Aunque tanto Godwin como Lenin rechazaban los procesos sistémicos derivados de una evolución natural, que son centrales para la visión restringida, las diferencias de grado de sus supuestos acerca del conocimiento y la razón humana crean profundas diferencias cualitativas en cuanto al papel de la verdad y la fuerza. Las relaciones entre quienes suscriben a la versión leninista del marxismo y quienes suscriben al socialismo democrático han sido histórica-

mente muy amargas. Una pequeña variación en los supuestos puede surtir profundos efectos en la visión, y en la acción que se sigue de ella.

La juventud y la edad

Como la experiencia y la racionalidad articulada tienen un peso tan diferente en las dos visiones, es casi inevitable que la juventud y la vejez se encaren de manera muy distinta. En la visión restringida, donde la experiencia es "la guía menos falible de la experiencia humana", [96] la sabiduría de los jóvenes no se puede comparar con la de los viejos. Adam Smith consideraba inapropiado que los jóvenes gozaran de la misma confianza que los viejos. [97] "Los más sabios y más experimentados suelen ser los menos crédulos", declaró. Ello dependía crucialmente del tiempo: "Sólo la sabiduría y la experiencia adquiridas enseñan la incredulidad, y rara vez en la medida suficiente". [98]

En cambio, cuando el conocimiento y la razón se conciben como racionalidad articulada, como en la visión no restringida, los jóvenes tienen ventajas considerables. En el siglo dieciocho, Condorcet escribió: "Un joven que ahora sale de la escuela tiene más conocimiento real del que los grandes genios —ya no de la antigüedad, sino aun del siglo diecisiete— pudieron haber adquirido tras prolongados estudios". [99] En una visión no restringida, que atribuye buena parte de los males del mundo a las instituciones y creencias existentes, los menos habituados a esas instituciones y creencias resultan especialmente valiosos para realizar los necesarios cambios sociales. Según Godwin:

La próxima generación no deberá vencer tantos prejuicios. Supongamos que una nación, por alguna revolución en sus asuntos, adquiriera la libertad. Los hijos de la raza actual serán criados en hábitos de pensamiento más firmes e independientes; el servilismo, la timidez y la viciosa destreza de sus padres dará lugar a un semblante erguido, y a un juicio claro y decisivo. [100]

"Los niños son una suerte de materia prima puesta en nuestras manos", según Godwin. [101] Sus mentes "son como una hoja de papel en blanco". [102] Godwin ve a los niños co-

mo un grupo oprimido, [103] pero entre ellos se puede hallar "uno de los ansiados salvadores de la raza humana". [104] En cambio, la visión restringida, que procura transacciones prudentes antes que soluciones drásticas, no puede buscar prudencia en la juventud, pues la prudencia se ve como el fruto de la experiencia. [105] El fervor moral tampoco es un sustituto: en palabras de Burke, "no es excusa que la ignorancia presuntuosa sea dirigida por la pasión insolente". [106] El discípulo norteamericano de Burke, John Randolph, declaró: "No me dirijo a los palurdos, los novatos y los jóvenes aprendices, sino a los hombres canosos de esta nación..." [107] Para la visión no restringida, la vejez no merece consideraciones especiales. Según Condorcet, el "prejuicio y la avaricia" son características "comunes en la vejez". [108]

Síntesis y consecuencias

La distribución del conocimiento en la sociedad varía mucho según la definición de conocimiento. La visión restringida define el conocimiento como algo que incluye gran cantidad de datos y conclusiones inarticulados pero de vital importancia, sintetizados en hábitos, aversiones y atracciones, así como en palabras y números; tal conocimiento está mucho más difundido en una sociedad que cuando se lo limita, como en la visión no restringida, a datos y relaciones articulados con mayor complejidad. La visión restringida, que ve serios límites a la racionalidad consciente del hombre, depende de procesos sistémicos creados evolutivamente para comunicar y coordinar la gran variedad de conocimientos necesarios para la supervivencia y el progreso del hombre. La visión no restringida, que ve mejores perspectivas para el dominio humano del conocimiento, encuentra en quienes tienen aptitudes intelectuales específicas la prueba de sus supuestos y los vehículos del conocimiento y la razón para promover el perfeccionamiento social.

La articulación desempeña un importante papel en la disseminación del conocimiento, tal como lo concibe la visión no restringida. "El debate es la senda que conduce al descubrimiento y la demostración", afirma Godwin, [109] quien, como hemos señalado, también consideraba que el lenguaje preciso era "el requisito indispensable del conocimiento cabal". [110]

Pero la articulación no desempeña un papel tan crucial en la visión restringida. Burke declaró: "Ha sido la desgracia (y no, como creen estos caballeros, la gloria) de estos tiempos que todo se ponga en tela de juicio".[111] No le interesaba la "hábil locuacidad",[112] y argumentaba que aun los razonamientos, a fuerza de repetirse, "pierden fuerza".[113] Hamilton recelaba de la expresión habilidosa, que podía ser "mera pintura y exageración"[114] o un "razonamiento artificioso para alterar la naturaleza y el obvio sentido de las palabras",[115] y señalaba que "resulta extremadamente fácil, para ambas partes, decir gran número de cosas plausibles".[116] Hobbes declaró que las palabras son un patrimonio para los sabios "pero son el dinero de los necios".[117] En la tradición de la visión restringida, la inarticulada experiencia social constituye una guía más eficaz para la conducta que la racionalidad articulada. Para Hayek, basta con que la gente "*sepa cómo* actuar de acuerdo con las reglas sin *saber* que las reglas son tales y cuales en términos articulados".[118]

Según la concepción que la visión no restringida tiene del conocimiento, los jóvenes cultos, idealistas y educados en las formas más avanzadas del conocimiento constituyen una gran esperanza para el futuro. Lo mismo ocurre con los intelectuales. La visión restringida no los ve así. En la visión restringida el conocimiento tiene una definición más amplia y está más distribuido, de modo que los intelectuales no cuentan con una ventaja considerable sobre el hombre común. Según Hayek:

Comparada con la totalidad de conocimientos que se utiliza continuamente en la evolución de una civilización dinámica, la diferencia entre el conocimiento que pueden emplear deliberadamente los más sabios y los más ignorantes es relativamente insignificante.[119]

Cuando Hayek aludía a "ese escaso conocimiento adicional" que poseían los intelectuales,[120] se hacía eco de un escepticismo que tiene siglos entre quienes adhieren a la visión restringida. Hobbes, como Smith, hallaba pocas diferencias naturales entre los hombres,[121] y las diferencias sociales que encontraba no siempre favorecían a los intelectuales. El hombre común, según Hobbes, rara vez usaba palabras sin sentido, algo que en cierto modo definía a los intelectuales.

[122] Más aun, las diferencias entre la calidad de las decisiones de la gente se debían más a incentivos sistémicos que a su conocimiento o preparación individuales: "Un simple labriego es más prudente en los asuntos de su propia casa que un consejero privado en los asuntos de otros hombres".[123] En esta perspectiva, el incentivo que estimulaba a los intelectuales consistía más en demostrar sagacidad que en evaluar correctamente los resultados que afectaban a los demás. Según Hobbes, los intelectuales "estudian más la reputación de su propio ingenio que el éxito del menester ajeno".[124]

La arrogancia y el exhibicionismo de los intelectuales también eran temas recurrentes en Burke[125] junto con los peligros que tales intelectuales planteaban a la sociedad. Hablaba de sus "pomposas teorías", a las cuales querrían "someter los cielos y la tierra".[126] Hobbes también veía a quienes "se creen más sabios y más aptos para gobernar" como causas de conflicto y guerra civil.[127] Hamilton también consideraba peligrosos a los intelectuales, por su tendencia a seguir "los traicioneros fantasmas de un ánimo innovador siempre famélico e imposible de satisfacer".[128] Y cuando no se concebía a los intelectuales como un verdadero peligro para el orden social, se los consideraba inferiores a las gentes comunes para tomar decisiones. John Randolph declaró que conocía a hombres "que no podían escribir un libro, ni siquiera dactilografar esa famosa palabra, Congreso", pero que no obstante "tenían más sentido práctico" que cualquier intelectual.[129] Pero para la visión no restringida los intelectuales son "precursores de sus semejantes en el descubrimiento de la verdad", como dijo Godwin.[130] Asimismo, según Condorcet, "el descubrimiento de verdades especulativas" constituye "el único medio para lograr el progreso de la raza humana".[131] Sin embargo, quienes tienen una concepción radicalmente distinta del hombre, del conocimiento y de la racionalidad ven a los intelectuales como un peligro, no sólo para una sociedad en particular, sino para cualquier sociedad.

Visiones de los procesos sociales

Las diferencias en la visión de la naturaleza humana se reflejan en diferencias en la visión de los procesos sociales. Para una visión los procesos sociales mitigan los defectos de la naturaleza humana y para la otra los agravan, pero no es sólo eso. Las dos visiones tienen distintas perspectivas del buen o mal funcionamiento de los procesos sociales, las cuales difieren no sólo en su enfoque de la moralidad sino también en su enfoque de la causación.

Los procesos sociales abarcan una amplia gama, desde el lenguaje hasta la guerra, desde el amor hasta los sistemas económicos. Cada uno de ellos tiene una gran variedad de formas. Pero los procesos sociales en general también tienen algunas cosas en común. Según se los vea desde la perspectiva de una visión restringida o no restringida, los procesos sociales tienen ciertas características: un orden, que es producto o no de la intencionalidad. Los procesos sociales también llevan tiempo y tienen un costo. La visión restringida y la no restringida perciben de diverso modo estos y otros aspectos de los procesos sociales.

Orden y diseño

Un conjunto de regularidades puede reflejar un diseño intencional o la evolución de circunstancias no planeadas por ninguno de los agentes o fuerzas involucrados en su surgimiento. Diversos tipos de árboles y arbustos silvestres pueden crecer a diferentes alturas de una ladera, o un jardinero puede cultivar un jardín con gran cuidado y previsión. Las dos visiones reconocen la existencia de ambas clases de procesos sociales, pero mientras una considera más amplio, eficaz o de-

seable un orden generado por la evolución, la otra prefiere los diseños planificados.

La visión restringida

La visión restringida confía poco en los procesos sociales diseñados con deliberación, pues duda que un conjunto manejable de dirigentes pueda encarar con eficacia las enormes complejidades que implica el diseño de un sistema económico, legal, moral o político. La visión restringida apela en cambio a procesos sociales derivados de la evolución histórica y los evalúa según sus características sistémicas —sus incentivos y modos de interacción— antes que por sus metas o intenciones.

El lenguaje es quizá el ejemplo más puro de un proceso social derivado de la evolución, un orden sistémico sin un diseño deliberado. Aunque se redactan normas para el uso del lenguaje, son posteriores a los hechos y codifican prácticas existentes. La mayoría de las personas comienza a obedecer esas reglas en la primera infancia, antes que se las enseñen explícitamente. Pero los lenguajes son extremadamente complejos y sutiles, y desde luego vitales para el funcionamiento de una sociedad. Aun para los niños, el manejo del lenguaje no consiste en imitar lo que se ha articulado explícitamente sino en inferir reglas complejas que nunca se les explicaron del todo.[1]

El lenguaje es pues el epítome de un orden complejo derivado de la evolución, con sus características sistémicas, su lógica interna y sus consecuencias sociales externas, pero que no ha sido diseñado deliberadamente por ningún individuo ni consejo. Su racionalidad es sistémica y no individual, pues se trata de un sistema derivado de la evolución y no de un orden derivado de la reflexión.

En efecto, el lenguaje es un modelo para los procesos sociales en los sistemas legal, económico, político y otros, a juicio de la visión restringida.[2] No es que *no se puedan* crear idiomas —el esperanto fue creado— sino que son más eficaces cuando derivan de la evolución, porque las lenguas naturales explotan un tesoro mucho más vasto de experiencias de siglos del que puede estar a disposición de cualquier individuo o consejo que diseñe una lengua. La lengua derivada de la evolución también sirve a muchos más propósitos de los que cual-

quier individuo o consejo podría enumerar, y mucho menos so-
pesar.

Análogamente, las complejas características de un siste-
ma económico se pueden analizar en un esquema esquelético,
después de los hechos, pero la realidad concreta a menudo de-
riva de una evolución, y se considera que los mercados deriva-
dos de una evolución son más eficaces que cuando son "planifi-
cados" por las autoridades centrales. La visión restringida
no se opone a la acción o planificación deliberadas en el nivel
individual, así como los individuos escogen sus propias pala-
bras y su estilo para escribir, dentro de los alcances y las nor-
mas de la lengua. Pero en ambos casos la visión restringida
rechaza la planificación individual o intencional de todo el sis-
tema. El hombre, tal como lo concibe la visión restringida, no
es capaz de semejante hazaña, aunque es capaz de tener la
soberbia de intentarlo. La racionalidad sistémica se considera
superior a la racionalidad individual o intencional.

La visión restringida no es una visión estática del pro-
ceso social, ni afirma que no se deba modificar el *status quo*.
Por el contrario, su principio central es la evolución. La len-
gua sufre cambios, pero no se la reemplaza siguiendo un nue-
vo plan maestro. Una lengua dada puede evolucionar a lo lar-
go de los siglos hasta ser algo totalmente distinto, pero como
resultado de cambios que la hacen crecer, sucesivamente con-
validados por el uso de muchos y no por la planificación de po-
cos. También en política, la evolución es la nota clave de la
visión restringida: "Un estado sin medios para cambiar algo
carece de medios para conservarse", declaró Burke.[3] Pero se
niega a someter sistemas políticos enteros a "la merced de es-
peculaciones experimentales".[4] La brillantez individual no
podía sustituir los ajustes pragmáticos, aun los realizados por
gentes menos brillantes:

Jamás he visto un plan que no haya sido enmendado por las
observaciones de aquellos que eran muy inferiores en entendi-
miento a la persona que ejercía el liderazgo. Mediante un
avance lento pero constante, se observa el efecto de cada paso;
el éxito o el fracaso del primero nos esclarece acerca del segun-
do; y así, de esclarecimiento en esclarecimiento, avanzamos sin
riesgos por toda la serie.[5]

En el siglo XX, F. A. Hayek ha expresado básicamente lo
mismo:

La tradición no es algo constante, sino el producto de un
proceso de selección no guiada por la razón sino por el éxito.[6]

El punto de visto hayekiano está aun más alejado del di-
seño deliberado que el de Burke, pues Hayek incorpora un
proceso de selección cultural de "supervivencia del más apto".
Este proceso depende de la supervivencia mediante la compe-
tencia con otros sistemas sociales antes que de los meros jui-
cios pragmáticos individuales acerca del éxito.[7] Es manifies-
ta la influencia de Darwin en este segundo exponente de la
visión restringida. Pero Hayek no postula una teoría de la su-
pervivencia de los *individuos* más aptos, sino de los procesos
sociales más aptos.

La visión no restringida

Sin el supuesto de que la razón deliberada del hombre es
demasiado limitada para emprender una planificación social
abarcadora, se llega a conclusiones muy distintas en todos los
campos. Por ejemplo, si es posible la planificación racional y
el control directo de todo un sistema económico, entonces es
más eficaz alcanzar los resultados deseados de esta manera,
en vez de alcanzarlos como producto final de procesos sinuo-
sos y no controlados. Si un pequeño grupo de dirigentes puede
especificar qué es lo deseable, en vez de depender de la multi-
tud de valores conflictivos del vulgo, los problemas sociales se
vuelven muy análogos a los problemas de ingeniería. Esta
analogía es recurrente entre quienes participan de este enfo-
que, y denunciada con frecuencia desde la perspectiva opues-
ta de la visión restringida.

Una de los más asombrosos enfoques de los problemas
sociales como problemas de ingeniería fue el de Thorstein
Veblen. Este enfoque, expresado en diversos escritos de
Veblen, fue cristalizado y elaborado en su libro *Los ingenieros
y el sistema de precios*. Allí rechazaba explícitamente los pro-
cesos sistémicos del mercado —el sistema de precios— a favor
de un control directo por parte de los expertos, los ingenieros.
Pocos han llevado esta modalidad de pensamiento a tal extre-
mo lógico, pero estos elementos aparecen en varios autores
posteriores. John Kenneth Galbraith, por ejemplo, concebía el
mecanismo de precios, al igual que Veblen, como inadecuado y

manipulado por intereses poderosos, cuando no fraudulentos.[9] Otros, con diversos grados de escepticismo acerca del proceso económico y otros procesos sistémicos, han buscado un control más directo por parte de quienes tienen la adecuada pericia y dedicación al interés público. Los apologistas de la "política industrial" se cuentan entre los más recientes exponentes de esta tradición. No todos buscan un papel específico para los ingenieros en cuanto tales, sino que recurren a una analogía entre los problemas de ingeniería y los problemas sociales.

En esta analogía, propia de la visión no restringida, uno puede partir de las "necesidades" de la sociedad porque es posible tener un "análisis objetivo" de "lo que es realmente deseable".[10] El "interés público" se puede formular, y por lo tanto buscar racionalmente. Se trata luego de ensamblar los datos relevantes, y de articularlos —"una presentación exhaustiva de los ítems entre los cuales podemos escoger"— para determinar cómo lograr las metas resultantes. Los problemas sociales se reducen así a una cuestión de "coordinación técnica" por parte de los expertos.[11] Al contrario de la visión sistémica, donde hay usos inherentemente conflictivos a causa de múltiples valores conflictivos en el público general, esta visión racionalista postula que terceros selectos pueden convenir en la definición de la "necesidad", el "derroche" y la "ruina" del medio ambiente natural o artificial.

En esta perspectiva, no sólo hay soluciones sociales sino a menudo soluciones *obvias*, aunque no necesariamente soluciones fáciles, dada la oposición de quienes tienen intereses creados en el *status quo*. "La verdad, y sobre todo la verdad política, no es difícil de adquirir", afirma Godwin. Lo que se requiere es un "debate independiente e imparcial" entre personas "francas y carentes de ambición".[12] "La naturaleza del bien y del mal" era, a juicio de Godwin, "uno de los temas más fáciles" de entender.[13] Se necesitaba "buen sentido, así como percepciones claras y correctas" para "obtener ascendiente en el mundo".[14]

Encontramos evaluaciones muy similares en defensores posteriores de la visión no restringida. El mal en la sociedad existente no es "incurable ni muy difícil de curar cuando se lo ha diagnosticado científicamente", según George Bernard Shaw.[15] Asimismo, los conflictos internacionales no son inevitables ni inherentemente difíciles de zanjar. Los conflictos

militares suelen partir de cosas que las naciones en guerra "podrían haber solucionado con toda facilidad, sin derramar una gota de sangre, si hubieran mantenido relaciones humanas decentes en vez de relaciones capitalistas de competencia".[16] La sociedad existente es "sólo un sistema artificial susceptible de modificaciones casi infinitas a través del reajuste; más aun, se la puede demoler y sustituir a voluntad del Hombre", afirmaba Shaw.[17] Cada empresa privada de éxito constituía un ejemplo de "la facilidad con que las empresas públicas se podrían realizar si hubiera voluntad para encontrar el camino".[18]

En pocas palabras, las dificultades *intrínsecas* que dominan la visión restringida no constituyen el verdadero obstáculo en la visión no restringida, donde la obstrucción deliberada y la ofuscación explican muchos males, y donde el requerimiento crucial es compromiso por parte de los bien intencionados reformadores.

En la famosa novela social *Mirada retrospectiva desde el año 2000* de Edward Bellamy, el ciudadano de una avanzada sociedad del futuro señala a un hombre del pasado "la singular ceguera" de la vieja sociedad, donde los "problemas sociales" y las "insatisfacciones" necesariamente acarrearán cambios,[19] para que se hicieran cosas "en pro del interés común".[20] Controlar la economía no era difícil, pues "cuanto mayor sea la empresa más simples son los principios que se pueden aplicar".[21] Dispositivos puramente oficinescos suministran "toda la información que podemos necesitar".[22] Sólo se requiere un "simple sistema de libros contables".[23] La competencia por los recursos no era intrínseca, sino debida a "un sistema que hacía que los intereses de cada individuo se opusieran a los de todos los demás".[24] Abundan conceptos sobre el derroche,[25] la ceguera,[26] y el interés público[27], junto con repetidas afirmaciones acerca de la simplicidad intrínseca de administrar racionalmente una sociedad.[28]

Las más complejas versiones modernas de la visión no restringida o racionalista son variaciones sobre los mismos temas. Aunque se reconozca la complejidad de las sociedades, la pericia moderna es capaz de dominar dicha complejidad, volviendo muy posible su administración centralizada. Así, en las versiones más elaboradas de la visión no restringida, es fácil administrar sociedades enteras, aunque a través de expertos y no de la masa de gente común. Las decisiones toma-

das por terceros desempeñan un papel clave: "La delegación en expertos se ha transformado en una asistencia indispensable para el cálculo racional en la vida moderna".[29] Lo "deseable" y lo "indeseable", lo "preferible", lo "satisfactorio" y lo "insatisfactorio" se mencionan al pasar, sin explicación, como cosas demasiado obvias para requerir tal explicación.[30] También se tratan del mismo modo las "necesidades".[31] Las decisiones tomadas por terceros, o "científicas", se comparan con problemas de ingeniería:

La burocracia es un método para lograr que los juicios científicos pesen sobre las decisiones políticas; el crecimiento de la burocracia en el gobierno moderno es en parte un indicio de la mayor capacidad del gobierno para utilizar el conocimiento de los expertos.[32]

Esta moderna promoción del uso de expertos refleja una tradición que se remonta por lo menos al siglo XVIII, cuando Condorcet entendía que las ciencias físicas suministraban un modelo que las ciencias sociales debían seguir.[33] De hecho, él usaba la expresión "ciencia social"[34] y exhortaba al uso de la cuantificación y las teorías de la probabilidad para la formulación de políticas sociales.[35]

Otro tema recurrente en la visión no restringida es la profunda diferencia entre los problemas actuales y los problemas del pasado, de tal modo que las creencias derivadas de la evolución histórica —"la sabiduría convencional", en palabras de Galbraith—[36] ya no son aplicables. Esta conclusión no es nueva ni reciente. En el siglo XVIII, Godwin declaró que no podemos tomar las decisiones de hoy basándonos en "una tímida reverencia por las decisiones de nuestros ancestros".[37] Palabras como "anticuado" e "irrelevante" son modos frecuentes de desechar aquello que la visión opuesta denomina la sabiduría de las edades.

No se trata de resolver si han ocurrido cambios en la historia humana, sino de elucidar si éstos son cambios de vestuario y escenografía o cambios en la obra misma. En la visión restringida, han cambiado principalmente el vestuario y la escenografía; en la visión no restringida, la obra misma ha cambiado, los personajes son diferentes y cambios igualmente vastos serán probables y necesarios en el futuro.

Costos del proceso

Todos los procesos sociales —económicos, religiosos, políticos o de la especie que sean— involucran costos. La visión restringida y la visión no restringida tienen una percepción muy diferente de estos costos, así como de las actitudes necesarias en estos procesos: por ejemplo, la sinceridad se contrapone a la fidelidad. Estos costos se pueden deber al tiempo o la violencia, entre otras causas, y sus correspondientes beneficios se pueden distribuir justa o injustamente, y sus receptores pueden ser libres o carecer de libertad. Cada visión hace una evaluación diferente de todos estos aspectos.

El tiempo

El paso del tiempo, y su irreversibilidad, crean dificultades para tomar decisiones, para los procesos sociales y para los principios morales, todos los cuales son encarados de distinto modo por la visión restringida y por la visión no restringida. Ambas reconocen que las decisiones tomadas en un momento del tiempo tienen consecuencias en otros momentos del tiempo. Pero las maneras de encarar este hecho dependen de la aptitud de los seres humanos, y especialmente del conocimiento y la previsión de los seres humanos.

Los incrementos del conocimiento en el tiempo significan que las decisiones individuales y sociales tomadas en condiciones de menor conocimiento tienen consecuencias en condiciones de mayor conocimiento. Para la visión no restringida, ello significa que estar sujeto por decisiones pasadas representa una pérdida de los beneficios posibilitados por conocimientos posteriores. Se considera que la sujeción a decisiones del pasado, sea en casos de ley constitucional o en el matrimonio de por vida, es costosa e irracional. La visión no restringida tiende pues a buscar una mayor flexibilidad para cambiar decisiones a la luz de datos posteriores. William Godwin adoptó una posición que era aplicable a los compromisos intertemporales en general:

¿Estoy impedido de obtener mejor información para toda mi vida? Y, si no para toda mi vida, ¿por qué por un año, una semana o aun una hora?[38]

Para Godwin, "uno de los principales medios de información es el tiempo". Por lo tanto, restringimos innecesariamente el efecto del conocimiento en nuestras acciones "si nos sujetamos hoy a la conducta que observaremos dentro de dos meses".[39] Los compromisos futuros requieren que un hombre "cierre la mente a la información futura, en cuanto a lo que debe ser su conducta en ese futuro".[40] Vivir "adelantándose" al conocimiento futuro era para Godwin tan "poco providente" como vivir de ingresos futuros.[41]

En la visión no restringida, los compromisos intertemporales tienen consecuencias morales además de prácticas. Por ejemplo, la gratitud, así como la lealtad y el patriotismo, son esencialmente compromisos para adoptar en el futuro, ante individuos o sociedades, una conducta diferente de la que adoptaríamos ante una evaluación imparcial de las circunstancias tal como podrían existir en un tiempo futuro, si nos encontráramos por primera vez con esos individuos y sociedades. Cuando hay dos vidas en peligro y sólo se puede salvar una, salvar la de nuestro padre puede ser un acto de lealtad pero no un acto de justicia.[42] Así, en términos de conducta, la gratitud y la lealtad son compromisos intertemporales para no ser imparciales, para no usar el conocimiento futuro y las evaluaciones morales futuras para producir ese resultado que de lo contrario consideraríamos mejor, si nos enfrentáramos por primera vez a los mismos individuos y situaciones. Desde esta perspectiva, la lealtad, las promesas, el patriotismo, la gratitud, los precedentes, los juramentos de fidelidad, las constituciones, el matrimonio, las tradiciones sociales y los tratados internacionales son restricciones impuestas antes, cuando el conocimiento era menor, sobre opciones que se ejercerán después, cuando el conocimiento sea mayor. Todos ellos fueron condenados por Godwin.[43] Todos eran restricciones previas sobre ese "ejercicio sin controles del juicio privado"[44] que Godwin defendía.

Godwin también consideraba la sujeción de las decisiones judiciales a las constituciones y los precedentes legales como otro ejemplo de compromiso intertemporal basado en un conocimiento inferior que impedía decisiones mejores basadas en el conocimiento superior que se obtiene más tarde. Según los principios de Godwin:

Un tribunal esclarecido y razonable no recurriría, para decidir la causa que tiene ante sí, a más código que el código de la razón. Comprendería cuán absurdo es que otros hombres le enseñen lo que debe pensar, y que pretendan comprender ese caso, antes que aconteciera, mejor que quienes están inspeccionando todas las circunstancias.[45]

Todas las cosas condenadas por Godwin —lealtad, constituciones, matrimonio, etc.— han sido elogiadas y reverenciadas por quienes creen en la visión restringida. Los costos del proceso implicado por los compromisos intertemporales dependen de (1) la cantidad de conocimiento, racionalidad e imparcialidad que los seres humanos pueden poner en práctica como resultado del paso del tiempo y (2) del costo de aceptar las desventajas de las decisiones tomadas momento a momento. Si se considera que la capacidad para un mayor conocimiento y entendimiento es grande —como en la visión no restringida—, hay más razones para evitar el compromiso. Si se considera que esta capacidad es inherentemente muy limitada —como en la visión restringida—, los beneficios son menores y es más fácil compensarlos con otras consideraciones.

En los principios sociales, especialmente, Burke no veía razones para esperar progresos fundamentales por el mero paso del tiempo:

Sabemos que *nosotros* no hicimos ningún descubrimiento, y pensamos que no hay descubrimientos por hacer, en la moralidad, ni en muchos de los grandes principios de gobierno, ni en las ideas de libertad... [46].

Más generalmente, el concepto mismo de "ciencia social", que tuvo su principal origen entre quienes participaban de la visión no restringida, empezando por Condorcet en el siglo dieciocho, es con frecuencia blanco del escepticismo de quienes participan de la visión restringida, cuando no es rechazado sin ambages como la pretenciosa ilusión de actuar científicamente donde no existen los requisitos de la ciencia.[47] La modificación de principios derivados de la evolución histórica a partir de teorías o estudios de "ciencia social" se ha convertido en rasgo definitorio de los modernos pensadores sociales de la visión no restringida, y en la *bête noire* de los creyentes en la visión restringida. El gobierno, según Burke, requiere "más experiencia de la que cualquier persona puede obtener en to-

da su vida".[48] Dada esta premisa, el incremento de ganancias en el conocimiento individual mediante la elusión de compromisos resulta trivial en comparación con la ganancia que la fidelidad puede aportar a la experiencia acumulada de la sociedad.

En un mundo donde el individuo ha de guiarse por la sabiduría colectiva de su cultura, de acuerdo con la visión restringida, la cultura misma debe tener cierta estabilidad para servir de guía. Sin esta estabilidad, "ningún hombre podría saber cuál es la prueba de honor en una nación que cambiara continuamente el patrón de su moneda", según Burke.[49] La situación judicial planteada por Godwin puede conducir a decisiones más pobres que si los jueces contaran con plena libertad para decidir cada caso *ad hoc*, pero la visión restringida compensa tales pérdidas con la guía suministrada por las normas conocidas, que llevan a menos atentados contra la ley o menor necesidad de litigios civiles. Para Burke, "los males de la inconstancia" eran "diez mil veces peores que los de la obstinación y el prejuicio más ciego".[50] En síntesis, los costos que surgían de las expectativas sociales poco confiables superaban el valor de los incrementos en el conocimiento individual, o su aplicación más refinada.

Dada la perspectiva de la visión restringida, un juez ni siquiera debería *intentar* alcanzar la decisión socialmente más conveniente en el caso que tiene ante sí. Afirma Hayek: "El único bien común que a él le concierne es la observancia de aquellas reglas con las que el individuo podría contar razonablemente". El juez debería "aplicar las reglas aunque en ese caso particular las consecuencias conocidas le parezcan totalmente indeseables".[51] Este costo está justificado sólo porque dar origen a otros procesos sociales alternativos entraña otros costos (mayores), según la visión restringida de las aptitudes humanas. Pero tal conclusión es anatema para quienes creen en la visión no restringida. Los tribunales "nunca permitirán que se los utilice como instrumentos de la desigualdad o la injusticia", según un célebre caso tribunalicio.[52] Aceptar la injusticia a sabiendas es impensable en la visión no restringida. Pero en la visión restringida las injusticias son inevitables, y el único problema real es si habrá más injusticias con un proceso que con otro.

También para Adam Smith la estabilidad general era más importante que los beneficios particulares: "La paz y el

orden de la sociedad son aun más importantes que el alivio de los desposeídos". Por lo tanto, aunque creía que "con excesiva frecuencia se prefiere a los ricos y los grandes antes que a los sabios y los virtuosos", señalaba que determinar lo primero involucraba menos costos en el proceso, de modo que "la paz y el orden de la sociedad" descansaban más sólidamente "sobre la llana y palpable diferencia de cuna y fortuna que sobre la invisible y a menudo incierta diferencia de sabiduría y virtud".[53]

Una vez más, quienes creen en una visión no restringida ven una solución, y quienes creen en una visión restringida buscan una transacción. La visión no restringida busca las mejores decisiones individuales, alcanzadas una tras otra de manera *ad hoc*. En cambio, la visión restringida transige, trocando los beneficios de la sabiduría y la virtud por los beneficios de la estabilidad en las expectativas y las pautas. Puede conceder que un proceso ofrece mejores decisiones individuales en lo abstracto, pero deduce los *costos de proceso* de esas decisiones para llegar a un balance neto que quizá favorezca la alternativa menos atrayente: palpables diferencias de rango frente a menos perceptibles diferencias de sabiduría y virtud, por ejemplo. Este cálculo no siempre favorece el *status quo*; y muchos exponentes de la visión restringida abogaron por cambios impopulares y a veces drásticos, como señalamos en el Capítulo 3. Pero el hecho de que las mejores decisiones no bastaran para justificar el cambio, a causa de los costos para el proceso, brindaba a la visión restringida un fundamento para rechazar muchos cambios que serían inevitables desde el punto de vista de la visión no restringida. En síntesis, los seres humanos, tal como los concibe la visión no restringida, seguirían lógicamente políticas muy distintas de las seguidas por los seres humanos tal como los concibe la visión restringida.

Las normas sociales son tan cruciales para la visión restringida como el juicio individual sin trabas y la consciencia individual lo son para la visión no restringida. Como ha dicho F. A. Hayek:

Vivimos en una sociedad donde podemos orientarnos bien, y en la cual nuestros actos tienen buenas probabilidades de alcanzar sus fines, no sólo porque nuestros semejantes están regidos por metas conocidas o conexiones conocidas entre medios y fines, sino porque también están sujetos a reglas cuyo propó-

sito u origen a menudo desconocemos y cuya existencia misma a menudo olvidamos.[54]

Las reglas implícitas y compartidas reducen así los costos del proceso. Pero cuanto menos se tengan en cuenta dichos costos, mayor es la aptitud del individuo para decidir cada caso según sus méritos a medida que se presenta. Las reglas pueden ser así desde un fastidio hasta un lastre intolerable en la visión no restringida. La diferencia entre ambas visiones es pues muy tajante en lo concerniente a reglas y prácticas relacionadas con compromisos intertemporales: lealtad, constituciones y matrimonio, por ejemplo.

En los extremos, la visión restringida dice: "Mi país, equivocado o no", mientras que la visión no restringida confiere a su exponente el papel de un ciudadano del mundo, dispuesto a oponerse a su propio país, en actos o palabras, cuando lo considere apropiado. El patriotismo y la traición se convierten así en una distinción sin sentido en los extremos de la visión no restringida, mientras que esta distinción es una de las más cruciales y poderosas en la visión restringida.

La visión restringida parte de la premisa de una "necesaria e irremediable ignorancia por parte de todos", por usar las palabras de Hayek,[55] quien también piensa que las decisiones individuales y racionalistas de la visión no restringida "exigen total conocimiento de todos los datos relevantes". Para Hayek, esto es totalmente imposible, pues el funcionamiento de la sociedad depende de la coordinación social de "millones de datos que nadie conoce en su totalidad".[56] Para Hayek, es ilusorio creer que "todos los datos relevantes son conocidos por alguna mente"[57] que toma las decisiones y prevé sus ramificaciones más amplias. En la visión restringida, los beneficios de una civilización avanzada derivan de la mejor coordinación social de conocimientos fragmentarios muy desperdigados, no del mayor conocimiento adquirido por un individuo. Según Hayek:

En la sociedad civilizada no vale tanto el mayor conocimiento que puede adquirir el individuo como el mayor beneficio que él recibe del conocimiento poseído por otros, el cual es la causa de su aptitud para perseguir una gama de finalidades infinitamente mayor que la mera satisfacción de sus más urgentes necesidades físicas. En verdad, un individuo "civilizado" puede

ser muy ignorante, más ignorante que muchos salvajes, y recibir grandes beneficios de la civilización en que vive.[58]

En esta visión, el individuo no puede situarse fuera ni por encima de la sociedad que posibilita su vida y su entendimiento. Aun los mayores logros de un individuo se reducen necesariamente a una angosta franja dentro de la vasta gama de intereses que coordina una sociedad, y por lo tanto no le da fundamentos para imaginar que él puede desarmar y rearmar de mejor modo la compleja sociedad que lo rodea. La "excelencia en funciones particulares" puede hacer que tales individuos sobresalientes tengan menos dotes en otras funciones, como señala Burke.[59] En una vena similar, Hamilton argumentaba que aun el "mayor genio" pasaría por alto elementos decisivos muy visibles para un hombre común.[60]

Aunque para la visión no restringida lo relevante es la comparación entre el individuo intelectual o moralmente superior y la gente común, para la visión restringida aun los individuos más sobresalientes —en lo intelectual o en lo moral— son inherentemente limitados en su captación del conocimiento y del sinfín de interrelaciones que vuelven viable una sociedad. Por lo tanto, en la visión restringida, la sabiduría histórica y sistémica inarticuladamente expresada en la cultura de muchos tiene más probabilidades de ser atinada que la perspicacia de pocos. Ambos procesos movilizan la experiencia y la comprensión humanas, pero de maneras muy diferentes. El concepto mismo de "razón" es diferente en ambas visiones. En palabras de Hayek:

La "razón", que había incluido la aptitud de la mente para distinguir entre el bien y el mal, es decir, entre lo que estaba o no de acuerdo con las normas establecidas, llegó a significar una aptitud para elaborar tales reglas deductivamente, a partir de premisas explícitas.[61]

La visión restringida a menudo compara la sociedad con un organismo viviente, que no se puede desarmar y reconstruir de otro modo sin resultados fatales. Burke, por ejemplo, habla de descuartizar un cuerpo a hachazos para arrojar los pedazos "al caldero de los magos", con la esperanza de regenerarlo.[62] En la visión restringida, el concepto de "construcción de naciones" es un error fundamental.[63] Las naciones pueden crecer y evolucionar, pero no se pueden construir.

El compromiso intertemporal de lealtad, visto por la visión no restringida como un abandono de la imparcialidad futura, se enfoca de otro modo en la visión restringida. Si nuestra visión de la naturaleza humana es muy restringida, la única alternativa ante la lealtad no es la imparcialidad sino el mero egoísmo. Los apegos emocionales que conducen a la lealtad se consideran pues lazos sociales beneficiosos, esenciales para el funcionamiento de toda la sociedad. En palabras de Burke:

El apego a la subdivisión, el amor al pequeño pelotón al que pertenecemos en la sociedad, es el primer principio (el germen, por así decirlo), de los afectos públicos. Es el primer eslabón de la cadena por la cual pasamos al amor por nuestro país, y por la humanidad.[64]

En una vena similar, Hamilton decía:

Amamos a nuestra familia más que a nuestros vecinos. Amamos a nuestros vecinos más que a nuestros compatriotas en general.[65]

En cambio, Godwin depositaba su fe en la difusión de la razón, más que en "un afecto tosco y carente de inteligencia".[66] Distinguía los sentimientos indisciplinados de los sentimientos que han "madurado convirtiéndose en virtud". Los segundos se interesaban en "toda la raza humana". Desde la perspectiva de Godwin, "el amor por nuestro país" es un "principio engañoso" que establecería "una preferencia, basada en relaciones accidentales, y no en la razón".[67]

Ninguna de ambas visiones considera que las unidades más pequeñas tengan mayor importancia intrínseca que las unidades más grandes. La visión no restringida simplemente considera que el hombre es, en última instancia, capaz de entender ese principio y actuar de manera acorde. La visión restringida entiende que ello excede la naturaleza humana en la práctica, aunque se lo acepte en teoría, y que esos fuertes y naturales apegos emocionales se deben usar socialmente como contrapeso del egoísmo personal. Adam Smith, por ejemplo, rechazaba la visión racionalista que intentaba establecer la primacía de la especie sobre la nación:

No amamos nuestro país como una mera parte de la gran sociedad de la humanidad; lo amamos por sí mismo, al margen de cualquier otra consideración. La sabiduría que elaboró el sistema de afectos humanos, así como el de las demás partes de la naturaleza, parece haber juzgado que el interés de la gran sociedad del hombre se promovía mejor dirigiendo la principal atención de cada individuo hacia esa porción de la gran sociedad que estaba dentro de la esfera de las aptitudes y el entendimiento de cada individuo.[68]

Al igual que en sus teorías económicas, en sus teorías morales Smith se concentró en la conducta individual como creadora indirecta de beneficios *sociales*, no sólo individuales. En ambos casos, ese carácter indirecto se relacionaba con una concepción según la cual el hombre carecía del conocimiento o la voluntad suficientes para producir beneficios sociales congruentes en forma directa. También Hamilton consideraba que el egoísmo formaba parte inalterable de la naturaleza humana, de modo que una sabia política social podía, a lo sumo, "desviar suavemente el cauce y dirigirlo, de ser posible, hacia el bien público".[69]

Los que no poseen esta visión limitada de la naturaleza humana siguen, muy lógicamente, el rumbo contrario, exigiendo un fin del nacionalismo y pidiendo "responsabilidad social" hacia el prójimo por parte de los individuos e instituciones, sea en el país o en el extranjero. Cuanto mayor es la capacidad del hombre, menores son los costos del proceso, y más directamente se puede buscar el bien social.

Libertad y justicia

Las dos visiones juzgan los procesos sociales con criterios fundamentalmente distintos. En la visión no restringida, en la que son centrales las intenciones individuales y la justicia individual, es muy importante que las recompensas individuales sean merecidas o sólo reflejen privilegio y buena suerte. Tanto los dirigentes cuanto las políticas sociales se deben escoger con miras a terminar con los privilegios y promover la igualdad o el mérito. Pero en la visión restringida los procesos sociales se deben juzgar por su capacidad para extraer el mayor beneficio social de la limitada potencialidad del hombre al menor costo. Ello implica recompensar aptitudes escasas y va-

lios, entre ellas aptitudes que pueden ser meros regalos de la suerte para los individuos que las poseen, y que en muchos casos son dones o habilidades naturales cultivadas a expensas de padres prósperos, pero demasiado costosas para los medios de otras personas. A veces los rasgos raros y valiosos que se deben recompensar incluyen aptitudes y orientaciones aprendidas casi por ósmosis en el seno de familias donde ya existen.

En la visión no restringida, se pueden procurar los beneficios sociales de las habilidades individuales sin otorgar recompensas individualmente no merecidas, si no en lo inmediato, al menos en una sociedad mejor que se desarrollará con el tiempo. Desde esta perspectiva, seguir ofreciendo recompensas muy distintas retrasa el desarrollo de dicha sociedad. Pero en la visión restringida de la naturaleza humana, es improbable que tal desarrollo se generalice, de modo que la injusticia de pagar recompensas no merecidas a los individuos es una transacción para impedir la injusticia de privar a la sociedad de los beneficios disponibles al no brindar incentivos para que esos individuos produzcan y sean utilizados plenamente.

Las dos visiones no difieren sólo en el juicio moral sino, más fundamentalmente, en su captación de la causación social. En la visión restringida, la característica crucial de todo sistema social es el conjunto de incentivos que se ofrece a sus individuos. Ello incluye no sólo los premios y castigos explícitos del mercado y de la ley, por ejemplo, sino los premios y castigos psíquicos derivados de la evolución de la cultura y sus valores. Dada una naturaleza humana que no es fundamentalmente cambiante, estas características sistémicas son los factores que más determinan los logros individuales.

Sin embargo, estos logros no se concretan directamente. Las interacciones sistémicas no son simplemente —ni siquiera principalmente— el fruto de planes individuales. El empresario de Adam Smith no es el único que produce resultados “que no formaban parte de su intención”. Aunque en la visión restringida los incentivos sociales son más importantes que las intenciones individuales, las características específicas de las interacciones sistémicas —los complejos principios y cauces de causación de una economía competitiva, por ejemplo— también son esenciales para los resultados. En pocas palabras, la visión restringida toma la naturaleza humana co-

mo algo dado, y ve los resultados sociales en función de (1) los incentivos que se ofrecen a los individuos y (2) las condiciones en que los individuos interactúan ante dichos incentivos. Estas interacciones —tanto de conflicto cuanto de colaboración— son demasiado complejas para desembocar en un mero promedio de las intenciones de los agentes. Los resultados quizá no reflejen las intenciones de nadie, ni siquiera el promedio de las intenciones de la mayoría, aunque sea el mejor resultado obtenible con tal disparidad de valores y con reclamos conflictivos ante recursos inherentemente insuficientes. Una mayor frugalidad puede crear menos ahorros, por ejemplo, como resultado de los sinuosos efectos de dicha frugalidad en la demanda agregada, la producción, el empleo, la inversión y los ingresos.[70] Análogamente, en el sistema legal, la concesión de más derechos a ciertos grupos puede empeorar la situación de dichos grupos.[71]

Esos resultados inesperados no constituyen “fracasos” de un sistema dado, según la visión restringida. Las decepciones son tan inherentes como las limitaciones del hombre y la naturaleza. En esta visión, no se trata de “resolver problemas” —la solución es imposible— sino de lograr la mejor transacción posible.

En la visión no limitada, la naturaleza humana es una variable, y de hecho es la principal variable a modificar. La circunstancia de que ciertos individuos o grupos ya hayan superado muchísimo a la masa en intelecto, moralidad o dedicación al bien social demuestra que es posible. Los grandes obstáculos para este logro están en la oposición de quienes se benefician del orden social existente, así como en la inercia y la ceguera de otros. Para superar estos escollos al progreso, se requiere compromiso, inteligencia e imaginación por parte de quienes han captado las posibilidades con que cuenta la sociedad.

En contraste con la visión restringida, que procura analizar, prescribir o juzgar sólo los procesos, la visión no restringida procura analizar, prescribir o juzgar *resultados*: por ejemplo, distribución de ingresos, movilidad social, y tratamiento igualitario o no igualitario por parte de diversas instituciones. A menudo condena los procesos porque considera insatisfactorios sus resultados reales, sean cuales fueren sus méritos abstractos en cuanto procesos. Por ejemplo, la ilusoria naturaleza de la libertad o la igualdad para los pobres ha sido un tema

recurrente de la visión no restringida durante siglos. La clásica expresión de este enfoque es la de Anatole France:

La ley, en su majestuosa igualdad, prohíbe tanto a los ricos como a los pobres dormir bajo los puentes, mendigar en las calles y robar pan.[72]

A veces se considera que la desigualdad de resultados en procesos aparentemente justos es hipocresía deliberada; en otras ocasiones, es sólo el resultado erróneo de un proceso inadecuado. En una vena similar, la visión no restringida sostiene que no somos libres “de veras” por el mero hecho de que el proceso político no limite legalmente nuestros actos. Si faltan los medios reales para alcanzar nuestras metas, el *resultado* es que no hay libertad, aunque haya libertad en el *proceso*. En síntesis, aun la definición de libertad difiere en ambas visiones. Al margen de la ausencia de restricciones legales, la visión no restringida afirma que no somos libres “si no podemos alcanzar nuestras metas”. [73] Por ejemplo, “los consumidores no son libres en el mercado si los altos costos prohíben una opción de la que dispondrían si compartieran ese bien mediante una opción colectiva”. [74] Más generalmente:

Nuestra libertad depende, en última instancia, de alcanzar importantes y primordiales fines tales como la dignidad, el respeto, el amor, el afecto, la solidaridad y la amistad. En la medida en que los individuos carezcan de ellos, no pueden ser libres. [75]

Esta definición de la libertad según los resultados, propia de la visión no restringida, es anatema para quienes sostienen la visión restringida, en la que la libertad se define según características del proceso. En la visión limitada de la sabiduría y la moralidad del hombre, éste no puede determinar resultados satisfactorios, sino sólo iniciar procesos cuyas consecuencias a menudo son contrarias a sus intenciones. Más aun, aunque ciertos resultados se puedan alcanzar causalmente, no se justifican moral ni intelectualmente al margen del proceso que los produjo. La igualdad de resultados para quienes han contribuido a la producción, se han abstenido de la producción y han estorbado la producción es ofensiva para el proceso igualitario de la visión restringida. La justicia es asimismo una característica de proceso en la visión restringida: si una carrera

se celebra en condiciones justas, el resultado es equitativo, aunque dicho resultado consista en que la misma persona gane una y otra vez o haya un ganador distinto en cada ocasión. En la visión restringida, los resultados no definen la justicia.

Para quienes creen en la visión no restringida, hay que buscar directamente los mejores resultados. Para quienes creen en la visión restringida, hay que usar y proteger los mejores procesos, porque el intento de producir los mejores resultados directamente trasciende la capacidad humana. Las diferencias y supuestos originales de ambas visiones acerca de la naturaleza humana afloran paso a paso en cada uno de los problemas.

Síntesis y consecuencias

Las dos visiones difieren radicalmente en cuanto a las causas de la supervivencia y el progreso humano. Según la visión no restringida, la conducta establecida de la sociedad es beneficiosa, justa y progresista sólo si refleja la racionalidad articulada del hombre en general y de los moral e intelectualmente superiores en particular. El orden —y específicamente un orden justo y progresista— es el resultado del diseño, respaldado por el compromiso de personas dedicadas al bienestar general. En síntesis, es la visión de la “edad de la razón”, que comenzó en la Francia dieciochesca y se ha propagado por el mundo occidental e inclusive más allá de él.

En la visión restringida, en la que el hombre —individual y colectivamente— carece de los requisitos intelectuales y morales para esa planificación deliberada y abarcadora, el orden deriva de la evolución histórica, y más eficazmente que cuando se lo diseña. El lenguaje constituye un ejemplo de dicho orden sin premeditación, y su complejidad, sutileza y eficacia ejemplifican el poder de los procesos sistémicos que explotan la experiencia de todos, en vez de confiar en la sabiduría o la nobleza de un individuo o consejo. Un elemento eminente de esta tradición ha aplicado la visión restringida a la economía —comenzando por los fisiócratas franceses, también en la Francia dieciochesca— con un grito de batalla —*laissez-faire!*— que halló su expresión más plena en Adam Smith y hoy está ejemplificada en los trabajos de Milton Friedman y Friedrich Hayek.

Las dos visiones emiten juicios diferentes acerca de los procesos sociales. La visión no restringida suele juzgar los procesos por los resultados. En las palabras del juez Earl Warren, "¿Es correcto? ¿Es bueno?" La visión restringida juzga la corrección y la bondad como *características del proceso* y no como resultados: una carrera es equitativa si se celebra en condiciones apropiadas, al margen de quien gane o pierda, o de la frecuencia con que gane la misma persona. La justicia significa, para la visión restringida, la adhesión a reglas acordadas, mientras que en la visión no restringida algo es justo o injusto de acuerdo con los resultados finales.

Según Hobbes, "quien respeta la Ley es justo".[76] Pero para Godwin la justicia es "un resultado que surge del examen de cada caso individual".[77] Para Godwin los resultados definen la justicia, porque "lo que no se emprende con algún propósito benévolo no es justo".[78] Es obvio que en última instancia ambas visiones reconocen la existencia de los resultados benéficos, o los justifican. Difieren en su respectiva estimación de la capacidad del hombre para producir directamente esos beneficios. Atenerse a reglas —trátase de leyes, contratos, costumbres o constituciones— constituye un sustituto inferior sólo justificable (si se lo puede justificar) porque implica menores costos para el proceso. Aun si en un caso dado se puede demostrar que el resultado alcanzado mediante decisiones directas y *ad hoc* es más eficaz, más moral o más deseable, quienes participan de la visión restringida miden sus costos para el proceso evaluando en qué medida esta violación de las reglas desquicia las expectativas de muchos otros y altera adversamente su conducta futura, pues pierden confianza en la credibilidad general de las reglas y convenios existentes, así como de las reglas y convenios futuros. La medida en que los beneficios *ad hoc* pueden superar las pérdidas sistémicas depende de la capacidad del hombre, no sólo en el derecho, sino en economía, en política y en otros campos.

Por ello, las dos visiones presentan diferentes definiciones de la libertad y la justicia. En la visión restringida, la libertad es una característica del proceso; la ausencia de impedimentos impuestos externamente. Hobbes aplicaba este concepto de la libertad tanto al hombre cuanto a las cosas inanimadas: un hombre no era libre si estaba encadenado o limitado por las paredes de una cárcel, y el agua no era libre si estaba cercada por las márgenes de un río o las paredes de un

recipiente. Pero cuando la falta de movimiento se debía a causas *internas* —un hombre "amarrado a su lecho por la enfermedad" o una piedra que "yace quieta"— Hobbes no la consideraba falta de libertad.[79] El mismo concepto de libertad continúa caracterizando hoy la visión restringida. Para Hayek libertad significa "libertad respecto de la coerción, libertad respecto del poder arbitrario de otros hombres", pero *no* una liberación frente a las restricciones o compulsiones de las "circunstancias".[80]

En cambio, para la visión no restringida la libertad incluye tanto la ausencia de impedimentos directos y externos cuanto de limitaciones circunstanciales que reduzcan la gama de opciones:

Sólo cuando puede mantenerse a sí mismo y a su familia, escoger su trabajo y ganar un sueldo digno, pueden, un individuo y su familia, ejercer la verdadera libertad. De lo contrario es un siervo de la supervivencia, sin medios para hacer lo que quiere.[81]

Como ya hemos señalado, la visión no restringida puede ofrecer una definición tan amplia de la libertad como para incluir no sólo los requisitos económicos sino los beneficios psíquicos que se derivan de los lazos emocionales con los demás.[82] Quizá la mejor síntesis de este enfoque sea la de John Dewey, cuando definió la libertad como "el poder efectivo para hacer cosas específicas".[83] Para esta definición, no importa si los límites sobre ese poder efectivo son internos o externos, deliberados o circunstanciales.

Estas concepciones radicalmente diferentes de la libertad reflejan concepciones radicalmente diferentes de la capacidad humana. En la visión restringida, en la que el hombre a lo sumo puede iniciar procesos, lo mejor que puede hacer por la libertad a través de los procesos sociales es establecer reglas conocidas que limiten el poder de un individuo sobre otro, y limitar las condiciones específicas en que quien esgrime dicho poder esté autorizado para ejercerlo. Pero en la visión no restringida, en la que el hombre es capaz de modelar y juzgar los resultados finales, existe el derecho y el deber de garantizar que esos resultados amplíen la gama de opciones de los individuos, que eliminen escollos, tanto deliberados cuanto circunstanciales. En algunos casos esto puede significar el otorga-

miento de ventajas compensatorias a aquellos que por su origen social sufren desventajas en la competencia con los demás, sea por razones deliberadas o circunstanciales. Pero para la visión restringida esto no sólo escapa a la competencia de un individuo o consejo, sino que quizá disloque los procesos sociales en desmedro general de la sociedad, a la que pone en jaque.

La complejidad de los procesos sociales es un tema recurrente en ambas visiones, pero en sentidos muy diferentes. Para la visión restringida, es axiomático que ningún individuo o consejo puede dominar tal complejidad, de modo que es preciso confiar en los procesos sistémicos: las economías de mercado, las tradiciones sociales, la ley constitucional. Pero para la visión no restringida los individuos y los consejos pueden y deben enfrentar la complejidad social. Considera que las descripciones sumarias de los procesos sistémicos propuestas por sus adversarios son "simplistas", pues no especifican detalles particulares, aunque especificar detalles particulares constituiría una contradicción para la visión restringida, cuyo supuesto es precisamente que nadie es capaz de especificar lo particular.

La preocupación por las características del proceso, propia de la visión restringida, se extiende a muchos procesos sociales específicos, así como en los mismos procesos la visión no restringida procura crear resultados particulares de manera directa. Por ejemplo, donde hay personas que viven debajo de un nivel económico definido como pobreza, los que poseen una visión no restringida tienden a subsidiarlas de alguna manera para producir directamente un *resultado* más deseable, una mejor calidad de vida. Los que optan por la visión restringida se concentran en los *incentivos* creados por tales planes y sus consecuencias sobre la conducta futura, no sólo entre los beneficiarios particulares, sino también entre otros que pueden volverse menos asiduos en la elusión del desempleo, la preñez adolescente u otros factores que se consideran como aportes a una incidencia general de la pobreza.

Ahora que nuestro análisis de las visiones ha pasado de los dos supuestos fundamentalmente diferentes acerca de las potencialidades morales e intelectuales del hombre a los conceptos de conocimiento y razón propios de cada supuesto, y que ha aplicado dichos conceptos en procesos sociales, hemos determinado los cimientos del conflicto de visiones. Sobre esos

cimientos hemos de construir: 1) una mayor percepción de la variedad de las visiones y su dinámica, y 2) una especial atención a las visiones de la igualdad, el poder y la justicia que son decisivas para los conflictos ideológicos de nuestra época. Tales son los temas de los capítulos siguientes.

Variedad y dinámica de las visiones

Hasta ahora nuestros comentarios se han centrado en lo que podríamos denominar visiones puras o coherentes, claramente restringidas o no restringidas. Pero, como señalamos al principio, no son las únicas visiones posibles. No sólo hay grados en cada visión, sino que también hay visiones híbridas e incoherentes. Más aun, las creencias en las visiones no son estáticas. Tanto los individuos cuanto las sociedades pueden modificar sus visiones con el tiempo. Estas modificaciones pueden ser súbitas, como la conversión de Pablo de Tarso, cuando un acontecimiento reorienta nuestro modo de pensar, o pueden ser cambios más similares a la erosión de la roca por el agua, de modo que una visión desaparece imperceptiblemente para ser reemplazada por otro conjunto de supuestos tácitos acerca del hombre y el mundo. Esta segunda clase de cambio puede no dejar rastros claros de cuándo ni cómo ocurrió, ni siquiera una percepción lúcida en los interesados, salvo la de saber que las cosas ya no se ven como antes.

Se suelen asociar ciertos cambios de visión con la edad. El clisé de que quienes son radicales a los veinte años se vuelven conservadores a los cuarenta existe desde hace muchas generaciones. Karl Marx predijo que los radicales rusos que conoció en París en la década de 1840 respaldarían enérgicamente el régimen zarista veinte años después, aunque por cierto no esperaba tal conversión en su propio caso.

Aunque las visiones pueden cambiar, y de hecho cambian, la persistencia y la vitalidad de la visión restringida y la no restringida durante siglos sugieren que tales cambios no son fáciles. La angustia del apóstata es interior, y no proviene sólo de la condena de sus ex camaradas. Quienes pierden la fe pero continúan observando los ritos, o quienes se retiran en silencio si pueden hacerlo, también dan testimonio del poder

de las visiones y del dolor del cambio. Los términos con que se califican tales cambios de visión social —conversión, apostasía, herejía— están tomados de la historia religiosa, aunque se aplican igualmente a credos seculares que evocan compromisos emocionales análogos.

Parece imposible hacer una enumeración completa de las visiones, y no lo intentaremos aquí. Sin embargo, será útil encarar algunas clases de visión y la dinámica de las visiones en general. Pero antes de reseñar diversas visiones, será preciso definir más específicamente las visiones restringidas y las no restringidas.

Definiciones operativas

Ninguna teoría es totalmente restringida o totalmente no restringida. La no restricción total, en el sentido más literal de la palabra, requeriría omnisciencia y omnipotencia. Las visiones religiosas pueden atribuir omnisciencia y omnipotencia a Dios, pero eso limita al hombre, y así impide una visión social totalmente no restringida. Una visión totalmente no restringida significaría que cada pensamiento y acto del hombre están predestinados, y sería igualmente incompatible con la defensa de determinada visión social.

Aunque las visiones sociales clásicas aquí expuestas no llegaban a tales extremos, hay diferencias cualitativas muy reales entre ellas, así como diferencias de grado dentro de cada clase. Tras admitir que la dicotomía entre visiones restringidas y no restringidas es un mero expediente para distinguir ciertas franjas del espectro filosófico, debemos escoger criterios operativos para situar una gama de visiones dentro de una u otra categoría, y reconocer que siguen existiendo gamas que no encajan en ninguna de ambas, pues las visiones restringidas y no restringidas no agotan todas las filosofías del hombre y la sociedad.

El caso más simple se presenta cuando alguien como William Godwin reflexiona sobre el alcance de la razón humana y las decisiones individuales y sociales que caen dentro de su dominio. Cuando se juzga que tan gran cantidad de decisiones se puede someter a la racionalidad deliberadamente articulada, se trata claramente de una visión no restringida, no en el sentido de que el hombre sea literalmente omniscien-

te, sino de que las limitaciones del conocimiento y la razón humana no afectan tanto el análisis cuanto para constituir una parte integral de la teoría. Pero pocos autores de ambas visiones expusieron sistemáticamente sus supuestos y conclusiones tan explícitamente como Godwin. Adam Smith incorporó explícitamente su visión de las limitaciones humanas a su teoría social, en *La teoría de los sentimientos morales*, e implícitamente en *La riqueza de las naciones*. Otros autores varían muchísimo en la medida en que declaran explícitamente su visión del hombre o conectan dicha visión con sus conclusiones sociales. Pero cuando dos pensadores presentan análisis sociales virtualmente idénticos y abogan por las mismas causas, incluir a uno y excluir al otro de los límites de cierto conjunto de visiones porque las premisas no están expuestas resultaría arbitrario. Más aun, sería incoherente con nuestra definición inicial de una visión como un "acto cognitivo preanalítico", un conjunto de supuestos no necesariamente explicitados ni siquiera en la mente del individuo.

Buscar definiciones operativas de las dos visiones entraña ir más allá de los contrastes sugerentes para llegar a distinguos decisivos. La diferencia entre las transacciones comúnmente halladas en las visiones no restringidas y las soluciones halladas en las visiones restringidas es sugerente pero no decisiva. También lo es la distinción entre la busca del bien social a través de incentivos y no mediante cambios en la disposición de los seres humanos, un ejemplo específico de una transacción opuesta a una solución. Lo que está en el corazón de la visión restringida no es simplemente la busca de transacciones sino la modalidad sistémica de las transacciones. Una comisión de planificación central o un juez activista pueden hacer transacciones, pero no es esto lo que la visión restringida tiene en mente, aunque así lo crea la visión no restringida. El conflicto entre modalidad sistémica y modalidad deliberada para las decisiones sociales se relaciona más con el problema central de la capacidad humana. Permitir que las decisiones sociales sean tomadas como decisiones colectivas por individuos dados que actúan como sustitutos a quienes se ha confiado el bienestar de otros implica afirmar una capacidad humana mucho mayor que cuando se permite que tales decisiones sociales deriven de la interacción sistémica de la gran cantidad de individuos que ejercen su discernimiento individual en procura de sus intereses individuales. En síntesis, los dos criterios cla-

ve para distinguir entre visiones restringidas y no restringidas son (1) el lugar del discernimiento, y (2) el modo de discernimiento. En ambas visiones las decisiones sociales son decisiones sociales, pero el discernimiento del cual derivan se ejerce de modo muy distinto. En la visión no restringida, hay sustitutos que toman deliberadamente las decisiones sociales sobre fundamentos explícitamente racionales. En la visión restringida, las decisiones sociales evolucionan sistémicamente a partir de las interacciones de los discernimientos individuales, ejercidos para el beneficio individual, y sirven al bien común sólo como una consecuencia individualmente no intencional de las características de los procesos sistémicos, tal como la economía competitiva de mercado.

Ambas visiones reconocen limitaciones inherentes en el hombre, pero la índole y el grado de dichas limitaciones son muy diferentes. La visión no restringida admite desde luego la necesidad de alimentos, la realidad de la muerte, o la ignorancia de los recién nacidos. Lo que distingue la visión restringida es que las limitaciones innatas de los seres humanos se consideran tan graves como para impedir esa dependencia respecto de la racionalidad individual articulada que está en el corazón de la visión no restringida. Según la visión restringida, el conocimiento, la moralidad y la fortaleza requeridos para estructurar con éxito la visión no restringida no existen, y ni las masas ni la elite lograrán desarrollarlas. El mejor de los mundos para el hombre tal como lo concibe una visión es desastroso para el hombre según lo concibe la otra visión. Los creyentes de ambas visiones están pues condenados de antemano a ser adversarios en un problema específico tras otro. Los nuevos problemas —como las preferencias compensatorias para los grupos afectados por desventajas— crean entre ambos adversarios la misma oposición, en la medida en que se basan en los supuestos implícitos en visiones distintas.

La visión restringida

Una condición necesaria, aunque no suficiente, de la visión restringida es que la capacidad humana —intelectual, moral y de otros tipos— es tan limitada, en relación con los deseos del hombre (no sólo de cosas materiales sino también de justicia y amor, por ejemplo), que resulta imposible satisfa-

cer plenamente tales deseos. Empero, en la medida en que la razón del hombre no sólo es capaz de aprehender esto abstractamente, para la humanidad, sino también de aceptarlo concretamente en lo individual, y de adaptarse a ello voluntariamente, no se requiere que las instituciones ni los procesos sistémicos impongan transacciones. Las transacciones libremente aceptadas son esencialmente soluciones. Ese mundo sería como el que Godwin y Condorcet imaginaban en el futuro. Es la visión no restringida.

Una visión es restringida no sólo si (1) los recursos humanos, tanto internos cuanto externos, son insuficientes para satisfacer los deseos del hombre, sino también si (2) los individuos no aceptan, para la satisfacción de sus deseos, límites acordes con lo que es socialmente viable, excepto cuando limitaciones sociales inherentes se imponen a los individuos por la fuerza, a través de diversos mecanismos sociales tales como los precios (que obligan a cada individuo a limitar su consumo de bienes materiales), las tradiciones morales y las presiones sociales que limitan la cantidad de dolor psíquico que las personas se infligen unas a otras. El segundo criterio —la necesidad de procesos sistémicos para comunicar limitaciones sociales inherentes al individuo— se aplica a toda la humanidad, incluido el pensador más sabio, el dirigente más noble o el humanitario más compasivo. La visión restringida sólo está completa cuando todos están incluidos dentro de las limitaciones humanas que ella concibe.

El hombre, tal como lo concibe la visión restringida, no podría haber alcanzado mediante una planificación ni siquiera el actual nivel de bienestar material y psíquico. Se considera que dicho bienestar es producto de interacciones sistémicas surgidas por evolución, enriquecidas por la experiencia y adaptadas a las preferencias (reveladas en la conducta antes que en las palabras) de gran cantidad de personas en largos períodos de tiempo. La visión restringida ve el progreso futuro como una continuación de tales interacciones sistémicas, y amenazado por los intentos de sustituir tales interacciones por planes sociales perfeñados individualmente.

La enorme importancia de las interacciones sistémicas derivadas de la evolución no hace de la visión restringida una visión de elección colectiva, pues los resultados finales no son elegidos: El ejemplo clásico son los precios, la producción, el empleo y las tasas de interés que surgen de la competencia en

la economía *laissez-faire*. Los jueces que se atienen a la ley escrita —evitando determinar resultados— representan un caso análogo en el derecho. La economía *laissez-faire* y la ley escrita constituyen marcos de referencia, y el lugar del discernimiento sustantivo está constituido por un sinfín de individuos.

La visión no restringida

La definición operativa de una visión no restringida en lo concerniente al lugar y modo del discernimiento evita la imposible tarea de determinar hasta qué punto una visión ha de ser no restringida para recibir esta etiqueta. Aun las visiones no restringidas clásicas —como la de Godwin y Condorcet— reconocían la mortalidad humana y la existencia de ideas erróneas contra las cuales combatían activamente. El éxito en esta empresa conduciría a una sociedad en la que las necesarias transacciones sociales serían voluntariamente aceptadas por los individuos, y así se transformarían en soluciones. Tanto Godwin como Condorcet reconocían que, aun en semejante mundo, la capacidad biológica del hombre para generar una población creciente incluía la potencialidad para producir una pobreza catastrófica, pero partían de la crucial premisa de que una previsión racional de las consecuencias pondría coto a tal potencialidad.[1] Sería una transacción abstracta pero una solución práctica.

Para la visión no restringida es innecesario que todos los seres humanos lleguen individual y espontáneamente a este nivel supremo de solución intelectual y moral, y mucho menos que lo hagan al mismo tiempo o al mismo ritmo. Por el contrario, la tradición de la visión no restringida casi invariablemente da por sentado que algunos pioneros intelectuales y morales van más lejos que sus contemporáneos, y de un modo u otro los conducen hacia niveles cada vez más elevados de comprensión y práctica. Estos pioneros intelectuales y morales se convierten en delegados, a la espera de que el progreso humano llegue al punto en que todos puedan tomar decisiones sociales. Una variante específica en Godwin es que cada individuo actúa esencialmente como un delegado de la sociedad, tomando decisiones de modo individual pero con responsabilidad social en vez de pensar principalmente en su beneficio

personal. Esta tradición de la "responsabilidad social" de los empresarios, las universidades y otros implica una capacidad para discernir las ramificaciones sociales de nuestros actos, un supuesto implícitamente formulado en la visión no restringida y explícitamente rechazado por la visión restringida.[2]

En la visión no restringida es central la creencia de que dentro de los límites humanos existe la potencialidad para soluciones sociales prácticas que se pueden aceptar en vez de imponer. En realidad, los adherentes a la visión no restringida pueden abogar por imposiciones más draconianas, por un período de transición, que las que aceptarían los adherentes a la visión restringida. Pero la voluntad de los primeros para encarar estos métodos transitorios se basa precisamente en la creencia de que es una necesidad sólo transitoria, en el camino hacia una libertad y un bienestar general mucho mayores que los existentes. Más aun, no todos los creyentes en la visión no restringida aceptan siquiera la necesidad transitoria de imposiciones forzosas. Godwin repudiaba el uso de la fuerza para forjar el mundo que él ansiaba ver,[3] y los socialistas fabianos como George Bernard Shaw lo consideraban totalmente innecesario, al menos en Inglaterra.[4] En ambos casos, no se trataba sólo de un repudio por la violencia, sino de considerar que otros métodos eran eficaces. La mayor capacidad intelectual y moral del hombre de la visión no restringida permite una mayor confianza en la creación directa de resultados sociales por parte de quienes poseen el compromiso moral y la aptitud intelectual requeridos para ello. La visión se define por este lugar y modo del discernimiento antes que por la presencia o la ausencia de violencia.

Aunque el modo de discernimiento está relacionado con el lugar del discernimiento, se trata de cosas distintas. El fascismo, por ejemplo, enfatiza las decisiones tomadas por delegados pero no constituye una visión no restringida, pues ni la modalidad de las decisiones ni el modo de escoger al líder son racionalidad articulada. No es sólo que los no fascistas consideren irracional el fascismo, sino que el credo fascista justifica ciertos lazos emocionales decisivos (nacionalismo, raza) y el uso de la violencia como fuerzas políticas impulsoras. Sólo cuando tanto el lugar cuanto el modo del discernimiento reflejan los supuestos subyacentes de una u otra visión, se puede clasificar una filosofía social inequívocamente dentro de uno u otro rubro.

Las definiciones operativas facilitan la tarea de situar las teorías sociales —especialmente las teorías complejas— dentro de la visión restringida o la no restringida, o de excluirlas de ambas categorías, pues estos criterios gemelos brindan un método más definitorio que una mera reseña de las observaciones aisladas de un autor acerca de la naturaleza humana. Al fin de cuentas, lo que determina la naturaleza de una visión no es sólo la presencia de ciertos supuestos sino la incorporación de tales supuestos a un análisis sustantivo. Por ejemplo, por el lugar y la modalidad del discernimiento, la *Teoría de la justicia* de John Rawls constituye una visión no restringida, aunque su tema central es la transacción entre la igualdad y la necesidad de crear bienestar material. En Rawls, el lugar del discernimiento está en la "sociedad" delegada que toma decisiones escogiendo las transacciones en forma colectiva y arreglando los resultados de acuerdo con principios de justicia, principios deducidos en términos explícitamente racionalistas. Aunque los principios de justicia derivan lógicamente de las presuntas preferencias de individuos hipotéticos —"en la posición original" del aún no nacido, decidiendo en qué clase de mundo les gustaría vivir—,[5] el discernimiento para aplicar estos principios está situado en la "sociedad", un "nosotros" colectivo, es decir, delegados encargados de las decisiones.

Los imparciales nonatos de Rawls cumplen una función similar a la del "espectador imparcial" de Smith, del cual derivan los principios de la moralidad en *La teoría de los sentimientos morales*. [6] En ambas visiones, estos seres hipotéticos se utilizan para sortear la parcialidad de los intereses individuales o de clase cuando se deducen principios sociales. La diferencia es que el "espectador imparcial" de Smith es la conciencia de cada individuo, que se constituye en lugar del discernimiento moral (así como económico) dentro de un marco de leyes y otras restricciones sociales, las cuales también reflejan las pautas morales del "espectador imparcial". En ambas visiones, ese ser hipotético define principios sociales, pero el discernimiento sigue situado en las personas reales, que operan colectivamente a través de delegados en Rawls, individualmente en Smith. Un marco social es un producto colectivo, tanto en la visión restringida cuanto en la no restringida, pero el ejercicio del discernimiento causa la división entre individuos que toman decisiones interesadas (visión restringi-

da) y delegados que toman decisiones colectivas (visión no restringida).

Los términos “decisión colectiva” y “decisión mediante delegados” se usan aquí de modo más o menos intercambiable, aunque no son exactamente lo mismo. La “democracia del mitín popular”, por ejemplo, significaría una decisión colectiva sin delegados, aunque los funcionarios llevaran a cabo las decisiones tomadas por el mitín popular. Un gobierno de referendo también posibilitaría la decisión colectiva, pero los funcionarios delegados serían agentes y no ejecutores del discernimiento. Sin embargo, ni una ni otra visión dedican tanta atención a casos tan específicos, que no son habituales en una nación-estado compleja. Por lo tanto, para nuestros propósitos, la decisión colectiva tomada por delegados, propia de la visión no restringida, se puede contrastar con el discernimiento individual e interesado de la visión restringida.

Una visión dada puede estar a medio camino entre la visión restringida y la no restringida. También puede combinar elementos de las dos visiones de maneras coherentes o incoherentes. El marxismo y el utilitarismo son ejemplos clásicos de visiones híbridas, aunque de modo muy diverso.

Visiones híbridas

El marxismo

La teoría marxista de la historia es esencialmente una visión restringida en la que las limitaciones se reducen con el paso de los siglos hasta llegar al mundo sin restricciones del comunismo.[7] Sin embargo, en cualquier momento anterior al advenimiento del comunismo, la gente no puede escapar —ni material ni moralmente— de los límites inherentes a su propia época. El crecimiento de nuevas posibilidades, creadas por el conocimiento, la ciencia y la tecnología, reduce tales limitaciones y así prepara el escenario para un choque entre quienes buscan un futuro con nuevas opciones y quienes defienden la sociedad existente. Así veía Marx las transiciones memorables de la historia —el paso del feudalismo al capitalismo, por ejemplo— y preveía una transformación similar, el paso del capitalismo al comunismo.

Esta visión híbrida puso al marxismo en una posición re-

ñida con el resto de la tradición socialista, cuya visión no restringida condenaba el capitalismo por pautas morales atemporales, no como un sistema otrora progresista que había creado nuevas oportunidades sociales que ahora lo volvían obsoleto.

Marx hablaba de “la grandeza y la necesidad temporaria del régimen burgués”,[8] una idea extraña para los socialistas de visión no restringida, para quienes el capitalismo era simplemente inmoral. Al igual que en los pactos con el mal propios de sectores más conservadores, Marx basaba su temporaria aceptación moral del capitalismo pasado en la premisa de que nada mejor era posible para cierto período de la historia pasada, dadas las limitaciones sustanciales de esos tiempos. Sus esfuerzos para derrocar el capitalismo en sus propios tiempos se basaban en la premisa de que las nuevas opciones volvían innecesario y contraproducente el capitalismo.

Pero así como Marx difería de otros socialistas por creer en limitaciones sustanciales, también difería de gente como Smith y Burke, quienes consideraban tales restricciones como propias de la naturaleza humana. Para Marx, los límites eran en definitiva los de la producción material, y las fronteras de dichas limitaciones retrocederían ante la marcha de la ciencia y la tecnología. Eventualmente se crearían condiciones para concretar logros que formaban parte de la tradición socialista, entre ellos la producción y distribución “de a cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”. Pero no se podía decretar tal principio sin tener en cuenta el estadio del desarrollo económico y las actitudes humanas condicionadas por él.

Según Marx, sólo “después que las fuerzas productivas también hayan aumentado con el desarrollo general del individuo, y todos los manantiales de riqueza cooperativa fluyan con mayor caudal, sólo entonces se podrá cruzar totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá inscribir en su estandarte: ‘de a cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades’ ”.[9] La visión de Marx, pues, presentaba un mundo restrictivo durante siglos, aunque cada vez menos, que eventualmente se liberaría de limitaciones. Engels lo denominó “el ascenso del hombre desde el reino de la necesidad hacia el reino de la libertad”. [10]

La doctrina marxista, en sus respectivas aplicaciones al pasado y al futuro, refleja los respectivos razonamientos de la

visión restringida y de la visión no restringida. En su mirada retrospectiva a la historia, el marxismo ve la causación tal como la ve la visión restringida, como sistémica antes que intencional. En palabras de Engels, "lo que desea cada individuo es obstruido por todos los demás, y lo que surge es algo que nadie deseaba".[11] En las referencias al pasado capitalista y precapitalista, el marxismo rechaza la intención individual como fuente de causación social tanto cuanto Adam Smith o cualquier otro paradigma de la visión restringida.[12] Al contrario de muchos otros adherentes a la izquierda política, Marx no consideraba que la economía capitalista estuviera controlada directamente por las intenciones individuales de los capitalistas, sino que en realidad los controlaba a ellos sistémicamente, obligándolos a bajar los precios, por ejemplo, cuando la tecnología reducía los costos de producción,[13] e incluso forzándolos a vender por debajo del costo durante las crisis económicas.[14] Análogamente, los gobiernos democráticos burgueses eran incapaces de controlar las tendencias políticas insurgentes que los amenazaban.[15]

La moral marxista, así como sus conclusiones causales acerca del pasado, estaban forjadas en el molde de una visión restringida. Marx consideraba que en los antiguos sistemas económicos y sociales la esclavitud y el incesto estaban justificados históricamente, como consecuencia de las mayores restricciones sustanciales de esos tiempos primitivos.[16] El régimen posrevolucionario inmediato concebido por Marx tampoco escaparía de los límites al extremo de poder decidir deliberadamente cuándo poner fin al Estado; en cambio, las condiciones sistémicas determinarían cuándo y cómo el Estado se "marchitaría".[17]

El mundo no restrictivo sólo estaba en un futuro indefinido que el marxismo buscaba y anhelaba concretar. Al hablar de ese mundo, y al contrastar sus rasgos deseables con los del capitalismo, Marx adoptaba el lenguaje de la visión no restringida. La "verdadera" libertad del individuo, que se concretaría con el comunismo marxista, significaba "la capacidad positiva para afirmar su verdadera individualidad", no sólo la libertad "burguesa" de la visión restringida, "la capacidad negativa para eludir esto o aquello".

Según Marx y Engels:

Sólo en comunidad con otros tiene cada individuo los medios para cultivar sus dotes en todo sentido; sólo en la comunidad, pues, es posible la libertad personal.[18]

En su mirada retrospectiva, Marx y Engels veían el surgimiento de la libertad burguesa —la emancipación política respecto de restricciones impuestas deliberadamente— como "un gran paso hacia adelante", aunque no como "la forma definitiva de emancipación humana". Sin embargo, tal libertad era "la forma definitiva *dentro* del orden dominante de las cosas",[19] es decir, dentro del mundo restrictivo anterior al comunismo, tal como lo concebía Marx. Marx consideraba que con el capitalismo el obrero era sólo "nominalmente libre",[20] pues debía trabajar para el capitalista explotador "forzado por las condiciones sociales".[21] La libertad verdadera era la libertad de la visión no restringida, que se concretaría en un mundo futuro libre de restricciones. Esta libertad era definida como un *resultado*, al estilo de la visión no restringida, y no como un *proceso*, al estilo de la visión restringida.

Marx no era incongruente al valerse de los conceptos de la visión restringida para su análisis del pasado y de los conceptos de la visión no restringida para criticar el presente comparándolo con el futuro que imaginaba. Su teoría general de la historia afirmaba precisamente que las limitaciones disminuían con el tiempo, gracias al progreso de la ciencia y la tecnología, y que ello provocaba cambios sociales.[22] Como sistema de militancia política contemporánea, se trata de una visión no restringida, una teoría según la cual los males de nuestro tiempo se deben a un conjunto erróneo de instituciones, y según la cual el lugar y modo del discernimiento adecuados para el futuro corresponden a delegados que realizarán opciones colectivas con una racionalidad específicamente articulada.

El utilitarismo

El utilitarismo era una visión híbrida como el marxismo, pero en un sentido muy diferente, y en diferente grado en sus dos principales expositores, Jeremy Bentham y John Stuart Mill. Bentham no formuló los conceptos básicos del utilitarismo,[23] pero los sistematizó, los incorporó a un cuerpo doctrinal.

nario político y fundó una escuela intelectual y políticamente activa en la Inglaterra de principios del siglo XIX. John Stuart Mill fue el líder de la segunda generación de esa escuela, pero también procuró incorporar a su filosofía conceptos de muy diversas escuelas de pensamiento. Mill buscaba una visión híbrida.

El hombre, tal como lo concebía Jeremy Bentham, era absoluta, implacable e incurablemente egoísta.[24] Pero, por serio que fuera este límite moral, el hombre poseía vastos horizontes intelectuales. En particular, tenía la capacidad para estructurar racionalmente el universo social, como para producir el resultado del "mayor bien para el mayor número". El aspecto restrictivo de la visión utilitarista consiste en las limitaciones morales sustanciales del hombre y la consecuente necesidad de recurrir a mejores *incentivos* en vez de mejores *disposiciones*, con el objeto de conciliar los deseos individuales con los requerimientos sociales. Los esfuerzos de Bentham se orientaban hacia la planificación de incentivos que el gobierno debía esgrimir, pues su función consistía en "promover la felicidad de la sociedad mediante castigos y premios".[25] Sin embargo, esta recurrencia a decisiones tomadas por delegados parece situar el utilitarismo de Bentham, operativamente, en la categoría de la visión no restringida, pues el modo de discernimiento era enfáticamente racionalista.[26] No obstante, en su defensa de incentivos estructurados por el gobierno, Bentham no llegaba al extremo de abogar por un control gubernamental de la economía. Por el contrario, Bentham a menudo manifestó su creencia en la economía *laissez-faire* de Adam Smith, a quien incluso reprochó no haber llevado el *laissez-faire* más lejos cuando se discutieron las leyes de la usura.[27] Bentham se oponía a delegar las decisiones económicas, pues argumentaba que un adulto libre y racional no debía tener trabas para realizar toda operación financiera no fraudulenta que deseara.[28]

Bentham no pertenece estrictamente a una ni a otra visión. Sin embargo, los trabajos que le han dado mayor fama, en derecho y política, reflejan operativamente la visión no restringida, aunque no en el grado de un Godwin o un Condorcet. Pero los trabajos económicos de Bentham, menos conocidos y menos originales, siguen esencialmente la visión restringida de Adam Smith, aunque no siempre por las mismas razones. Por ejemplo, la razón para no permitir que los legisladores re-

distribuyeran la riqueza no residía en que la aptitud para hacerlo correctamente escapara a la capacidad intelectual y moral del hombre, sino en una formulación racional: la inseguridad de la propiedad reduciría la producción subsiguiente.[29]

El respeto de John Stuart Mill por Bentham, y su continuación —con modificaciones— de la filosofía del utilitarismo (cuyo nombre él popularizó)[30] no le impidieron criticar los alcances ni el contenido de la visión de Bentham,[31] ni buscar deliberadamente una visión social opuesta, complementaria y correctiva en Samuel Taylor Coleridge.[32] Mill no compartía lo que él consideraba el "desprecio de Bentham" por "todas las demás escuelas de pensadores".[33] Mill sobresalía entre los pensadores sociales por la variedad de teóricos sociales que no sólo estudió sino que utilizó para formular sus propias conclusiones. Aun cuando abordaba teorías que consideraba obviamente erróneas, le preocupaba "cerciorarse de que ninguna partícula desperdigada de importante verdad esté sepultada y perdida entre las ruinas de la explosión del error".[34] Esta amplitud intelectual de Mill condujo a lo que se podría caracterizar como 1) una equilibrada reflexión sobre los problemas, o bien como 2) un eclecticismo incongruente. En cualquiera de ambos casos, resulta difícil poner a Mill inequívocamente en el campo de la visión restringida o la no restringida, aunque la segunda era la que daba impulso general a su filosofía. En verdad, Mill brindó una de las más claras formulaciones del aspecto moral de la visión no restringida:

Hay y ha habido muchos seres humanos en quienes los motivos del patriotismo o la benevolencia han sido principios permanentes y firmes para la acción, superiores a toda tentación vulgar, y en no pocos ejemplos a toda tentación posible relacionada con el interés personal. Hay y ha habido multitudes en las cuales el motivo de la conciencia o la obligación moral ha sido supremo. Nada en la constitución de la naturaleza humana impide que sea así en toda la humanidad.[35]

En diversas cuestiones Mill afirmó osadamente conclusiones derivadas de la visión no restringida (por ejemplo, que las leyes no evolucionan sino que se hacen), seguidas inmediatamente por estipulaciones preventivas procedentes de la visión restringida (que tales cambios en la ley serán inútiles a menos que concuerden con las tradiciones y costumbres de tal

pueblo en particular). Análogamente, Mill combinó ambas visiones al hablar de la distribución de ingresos. Afirmó que las leyes de la distribución de ingresos no están, al contrario de las leyes de producción, restringidas por las ganancias decrecientes. Aunque las "opiniones" y los "deseos" no afectan la producción, son decisivas para la distribución. La distribución de bienes "es únicamente una cuestión de instituciones humanas". Mill declaró:

Una vez que las cosas están allí, la humanidad, individual o colectivamente, puede hacer con ellas lo que le plazca. Puede ponerlas a disposición de quien desee, y en cualquier condición ... La distribución de la riqueza depende pues de las leyes y costumbres de la sociedad. Las reglas por las cuales se determina dependen de las opiniones y sentimientos del sector dominante de la comunidad, y son muy diversas en distintas épocas y países; y podrían ser aun más diversas, si la humanidad así lo decidiera.[36]

Esto parece ser una clara formulación de una opción sin limitaciones basada en una visión no restringida, pero sólo lo *parece*. A continuación Mill estipula que las "consecuencias" de las reglas de distribución escapan al control del hombre: "son tan poco arbitrarias, y tienen un carácter tan semejante a las leyes físicas como las leyes de la producción".[37] Mill repudia explícitamente la limitación sólo para aceptarlo implícitamente. Un esquema similar de afirmación audaz seguida de una estipulación devastadora aparece en el análisis económico de Mill, más estrechamente técnico. Hay allí una vibrante defensa de la economía clásica en relación con la causa de las depresiones y el papel del dinero en ellas, seguida por estipulaciones que repiten los argumentos esenciales de los críticos de la economía clásica.[38]

Buena parte de la retórica de Mill es la retórica de la visión no restringida. Sus estipulaciones procedentes de la visión restringida vuelven ambigua su posición.

Síntesis y consecuencias

Hay muchas características notables de las visiones restringidas y no restringidas que no bastan, empero, para definir las. El papel de la racionalidad articulada, la relativa im-

portancia de los incentivos externos opuesta a la disposición interna para determinar la conducta humana, el significado del conocimiento y la razón, el papel de la fidelidad en oposición al de la sinceridad, todo ello muestra diferencias típicas entre quienes poseen una visión restringida y quienes poseen una visión no restringida. Sin embargo, ninguno de estos rasgos específicos define las dos visiones. El centro de la diferencia entre ambas reside en la cuestión de si las capacidades o los potenciales humanos permiten que las decisiones sociales sean tomadas colectivamente a través de la racionalidad articulada de ciertos delegados, para producir los resultados sociales deseados. El problema crucial no se refiere a lo que se desea específicamente (una cuestión de premisas de valor) sino a lo que se puede lograr (una cuestión fáctica de causa y efecto), aunque en la práctica las metas que se consideran inalcanzables se rechazan aunque se consideren moralmente superiores en lo abstracto. En los capítulos siguientes, hasta problemas aparentemente tan cargados de valor como la igualdad, el poder y la justicia son analizados como a partir de los supuestos tácitos y las presuntas concatenaciones de causas y efectos.

A la espera del logro de una sociedad sin limitaciones, la visión no restringida sitúa el lugar del discernimiento en los individuos o instituciones en los que se delegan las decisiones, escogiendo un óptimo colectivo, ya sea en economía, derecho o política, y ya sea una gama limitada de decisiones o la estructuración de toda una sociedad. En cambio, en la visión restringida los lugares de discernimiento son virtualmente tan numerosos como la población. Las autoridades existen, pero su papel esencial consiste en preservar un marco social dentro del cual otros ejercen el discernimiento.

No se puede dividir todo el espectro de las visiones sociales en restringidas y no restringidas, aunque llama la atención la gran cantidad de visiones rectoras de los dos últimos siglos que se sitúan en estas dos categorías. Más aun, esta dicotomía se extiende a diversos campos, entre ellos el moral, el económico y el legal. Ello es evidente, por ejemplo, en los economistas que sostienen una visión restringida en su especialidad y también en la ley y la política, mientras que quienes sostienen una visión no restringida de la ley, por ejemplo, suelen auspiciar medidas económicas y políticas que también guardan coherencia con la visión no restringida. Ello resulta-

rá más evidente en los siguientes capítulos. Los ejemplos contemporáneos de esta coherencia en diversos campos ya no son tan numerosos, simplemente porque los pensadores sociales que cruzan las fronteras de sus disciplinas ya no son tan numerosos. La creciente especialización de los tiempos modernos ha vuelto menos comunes esas visiones abarcadoras del siglo dieciocho. Las visiones contemporáneas suelen limitarse a un campo específico —“activismo judicial” en derecho o *laissez-faire* en economía, por ejemplo— aunque existe una reducida y decreciente cantidad de pensadores del siglo XX, tales como Gunnar Myrdal o Friedrich Hayek, cuyos escritos acerca de una amplia gama de problemas no se limitan a una sola disciplina intelectual. Sin embargo, una visión no es una visión merced a sus alcances sino a su coherencia, la congruencia entre sus premisas tácitas y sus conclusiones específicas, al margen de que estas conclusiones abarquen una gama amplia o estrecha.

No obstante, a pesar del alcance y la coherencia de ambos tipos de visiones, hay otras visiones muy importantes —tales como el marxismo y el utilitarismo— que no encajan del todo en ninguna de ambas categorías. Además, una de las visiones híbridas que ha tenido un espectacular crecimiento y caída en el siglo XX es el fascismo. Aquí se invocaban algunos de los elementos clave de la visión restringida —la obediencia a la autoridad, la lealtad al propio pueblo, la voluntad de luchar— pero siempre con el imperativo máximo de seguir a un líder sin limitaciones, sin ninguna obligación de respetar las leyes, las tradiciones, las instituciones o aun la mera decencia. Los procesos sistémicos propios de la visión restringida fueron negados por un totalitarismo dirigido contra todo proceso social independiente, desde la religión hasta la libertad política o económica. El fascismo se apropió de algunos aspectos simbólicos de la visión restringida sin los procesos sistémicos que les daban sentido. Era una visión no restringida del gobierno que atribuía a sus líderes un conocimiento y una dedicación al bien común totalmente incompatibles con la visión restringida cuyos símbolos invocaba.

Los adherentes a una y otra visión ven el fascismo como la extensión lógica de la visión del *adversario*. Para la izquierda política el fascismo es la “extrema derecha”. Inversamente, para Hayek, el “nacional-socialismo” (nazismo) de Hitler era socialista en su concepción y ejecución.

Las visiones híbridas e incongruentes impiden asimilar las visiones restringidas y no restringidas con la izquierda y la derecha políticas. El marxismo es el epítome de la izquierda política, pero no de la visión no restringida que predomina en la izquierda neomarxista. Los grupos tales como los libertarios también desafían una categorización cómoda, tanto en términos de izquierda-derecha como de visiones restringidas o no restringidas. Aunque los libertarios contemporáneos se identifican con la tradición ejemplificada por F. A. Hayek, que se remonta a Adam Smith, en otro sentido están más cerca de la visión atomista de la sociedad y del mecanismo de decisiones propuesto por William Godwin, dominado por la conciencia individual racionalista, más que de las más orgánicas concepciones de la sociedad que hallamos en Smith y Hayek. Las opiniones de Godwin acerca de la guerra (véase el Capítulo 7) también lo ponen mucho más cerca de la tendencia pacifista de los libertarios que de Smith o Hayek. Estos elementos conflictivos de la concepción libertaria son muy reveladores en cuanto a la diferencia creada por pequeñas variaciones en los supuestos.

Godwin, con su profundo sentido de una obligación moral de cuidar del prójimo,[39] nunca llegó a la conclusión de que el *gobierno* fuera el instrumento para cumplir esta obligación. Por lo tanto, no deseaba destruir la propiedad privada[40] ni exhortaba a que el gobierno administrara la economía o redistribuyera los ingresos. Al respaldar la propiedad privada y el mercado libre, Godwin estaba junto a Smith, Hayek y los libertarios modernos. Pero en su concepción de una omnipresente responsabilidad moral hacia el prójimo, estaba en el polo opuesto de aquellos libertarios que siguen a Ayn Rand, por ejemplo. El poder de la razón volvía innecesario que el gobierno se encargara de la redistribución, a juicio de Godwin, pues los individuos eran capaces de compartir sus bienes. Pero si se atribuye menos poder a la razón, o mayor relevancia al egoísmo, los argumentos y la visión de Godwin se pueden utilizar para respaldar el socialismo u otras filosofías políticas radicalmente redistribucionistas. Históricamente, la visión que hallamos en Godwin ha sido común en la izquierda política, entre aquellos que descreen del mercado libre y abogan por una mayor intervención gubernamental.

Lógicamente, se puede ser un libertario cabal, en el sentido de rechazar el control gubernamental, y sin embargo

creer que las decisiones privadas deben encauzarse, por razones de moralidad, hacia propósitos altruistas. Es igualmente coherente ver esta libertad atomista como el medio para alcanzar el bienestar personal. En estos sentidos, tanto William Godwin cuanto Ayn Rand se pueden incluir en la tradición libertaria.

La visión no restringida está a sus anchas en la izquierda política. Son ejemplos de ello G. B. Shaw y los otros fabianos, Edward Bellamy, los escritos contemporáneos de John Kenneth Galbraith sobre economía o los de Ronald Dworkin y Laurence Tribe sobre derecho. Pero la visión restringida, aunque se opone a tales filosofías, también resulta incompatible con el atomismo de los libertarios totales. En la visión restringida, el individuo recibe gran libertad precisamente para servir a fines *sociales*, aunque ello no forme parte de los propósitos del individuo. Los derechos de propiedad, por ejemplo, no se justifican por la presunta superioridad moral del individuo sobre la sociedad, sino por la mayor eficacia o la rapidez que implica tomar decisiones sociales a través de los incentivos sistémicos de los procesos de mercado en vez de recurrir a la planificación central. Smith no se oponía al derecho de la sociedad para regular la conducta individual en aras del bien común, como en las normas contra incendio,[41] y Oliver Wendell Holmes declaró que "el bienestar público bien puede exigir la vida a los mejores ciudadanos".[42]

Ni la dicotomía izquierda-derecha ni la dicotomía visión restringida-visión no restringida giran sobre la importancia relativa del beneficio individual y del bien común. Todas exaltan el bien común, aunque difieren en el modo de alcanzarlo. En síntesis, no las divide una "premisa de valor" moral sino diversos supuestos empíricos acerca de la naturaleza humana y las causas y efectos sociales.

Otra complicación al establecer estas dicotomías en la filosofía social es que muchas instituciones o precedentes legales del siglo XX representan un pensamiento "liberal" (en términos norteamericanos) o social-demócrata (en términos europeos), y los conservadores que se oponen a estas instituciones o precedentes a menudo enfrentan el argumento de que tales cosas "han venido para quedarse", el cual es un principio en esencia conservador. Los derechistas políticos pueden así terminar alegando, con fundamentos propios de la izquierda, que ciertas políticas son "irracionales", mientras que la iz-

quierda los defiende como parte de la trama social aceptada, una posición tradicional de la derecha. Aunque en algunos casos se trata de posiciones tácticas en el debate, también existe una dificultad filosófica. En un extremo, las instituciones de la Unión Soviética ya forman parte de la trama social de esa sociedad, y los comunistas que se oponen a reformarlas a veces son tildados de "conservadores". Entre los entusiastas norteamericanos del principio del libre mercado, los libertarios a menudo se oponen a los conservadores en lo concerniente a las instituciones del "Estado de bienestar", incluidos los sindicatos, que ahora forman parte de la trama social de los Estados Unidos, un argumento que carece de relevancia en el pensamiento libertario, aunque algunos conservadores lo consideran importante.

Aunque es útil reparar en la existencia de tales complicaciones, también es preciso comprender que un fundamental conflicto entre dos visiones ha perdurado como fenómeno ideológico dominante durante siglos, y que no muestra indicios de desaparecer. Las inevitables soluciones de compromiso propias de la política cotidiana se parecen más a treguas que a tratados de paz. Como otras treguas, se rompen de cuando en cuando en diversas partes del mundo, entre amargas recriminaciones, y a veces con derramamiento de sangre.

Las características generales de las visiones sociales bosquejadas en los capítulos de la Primera parte brindan un marco para examinar con mayor hondura la aplicación de visiones restringidas y no restringidas a controvertidas cuestiones relacionadas con la igualdad, el poder y la justicia en los capítulos de la Segunda parte. Por último, el papel de las visiones será evaluado según conceptos emparentados pero muy diferentes, tales como las "premisas de valor" y los paradigmas.